



REPUBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD MONTEÁVILA
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN E INFORMACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

PROYECTO FINAL DE CARRERA
CRÓNICAS: LOS ROSTROS DE LA CRISIS

Autor:

Nathalia López Laya

Tutor:

Pedro García Otero

CARACAS, 15 DE MARZO DEL 2018

INDICE

Resumen.....	3
Presentación del proyecto.....	4
Marco teórico.....	9
Estrategia.....	11
Propuesta.....	12
45 días en cautiverio.....	13
El “trabajo” de Maya.....	23
No te acerques a los extraños.....	28
Infancia perdida.....	32
El negocio familiar de Yeiker.....	36
Las madres siempre tienen la razón.....	41
El medicamento de Christopher.....	45
Una vejez sin medicinas.....	49
Recuerdos de una noche oscura.....	52
Secuestro por accidente.....	57
Conclusión.....	64
Recomendaciones.....	65
Referencias.....	66
Anexos.....	68

Resumen

Con el presente trabajo el estudiante desea reflejar, a través de 10 crónicas periodísticas, diversos aspectos de la crisis venezolana actual, como lo son la inseguridad, la inflación, la escasez, la pobreza, el desempleo, la crisis sanitaria y los presos políticos. El autor pretende demostrar, por medio de diez entrevistas narradas en crónicas, el relato de diez venezolanos que explican, individualmente, un aspecto importante de su vida en el país, tocando los temas fundamentales de la crisis mencionados anteriormente.

Palabras clave: crónica, Venezuela, crisis, entrevistas, relatos, géneros periodísticos.

Presentación del proyecto

El filósofo y escritor español, George Santayana, dijo una vez: “los que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo” y no hay frase más indiscutible que esa. Desde el punto de vista personal del autor, es necesario y de suma importancia, que los futuros ciudadanos del país, recuerden todos los errores cometidos durante gobiernos pasados, y todo el padecimiento al que fue sometido cada individuo durante el periodo de crisis actual (2017-2018), para no incurrir en lo mismo y evitar el posible círculo vicioso que eso traería como consecuencia.

Debido a esto, así como los libros de Historia ayudan a conocer nuestro pasado, gracias al registro de cierto periodo del tiempo, el periodismo impreso utiliza las palabras para capturar un momento que quedará escrito por siempre, convirtiéndose en un recuerdo de lo ocurrido. Por esa razón, el autor desea dejar plasmada, a través de diez relatos reflejados en crónicas distintas, la manera en que se vive durante la crisis actual del país, porque siempre será bueno, en un futuro, recordar este periodo de la historia venezolana, para que próximas generaciones aprendan de su pasado.

Como decía Elie Wiesel, “El deber del superviviente es dar testimonio de lo que ocurrió, hay que advertir a la gente de que estas cosas pueden suceder, que el mal puede desencadenarse (...)”.

Para el autor, una de las mejores maneras para capturar momentos históricos por medio del periodismo, es con la crónica, puesto que -gracias a que el género permite la cercanía, la descripción detallada de los hechos, la utilización de la primera persona y la redacción narrativa-, el lector puede sentirse identificado o conmovido con el texto.

La crónica es un género periodístico que se utiliza para narrar hechos noticiosos actuales y de interés, con el propósito de informar al lector sobre acontecimientos y relatos en un orden cronológico, que permite dejar por escrito una constancia de lo ocurrido que queda para la historia. Por eso, el autor del

presente trabajo quiere dejar un rastro por escrito de los padecimientos por los que el venezolano debe luchar en la actualidad (2017-2018).

Desde sus inicios, la crónica se ha utilizado para dejar por escrito un pedazo importante de la historia para que futuras generaciones puedan conocer y adquirir una noción de los acontecimientos. Debido a esto, el estudiante escogió dicho género periodístico, porque su intención con el proyecto final de carrera es informar y dar a conocer los relatos de diez venezolanos que padecen distintos aspectos de la crisis venezolana, para dejar un pedazo de la historia atrapado en el tiempo, de modo que quede como registro la manera en que estas personas han tenido que vivir día a día bajo las condiciones del país.

Cabe acotar que los relatos de los ciudadanos entrevistados para la elaboración de las crónicas no son casos aislados, es decir, cada una representa un aspecto de la crisis, a pesar de que los temas van enlazados entre sí, ya que la escasez viene dada por reformas económicas que no funcionaron, así como la inflación, que, asimismo, trae como consecuencia la pobreza, generada por el desempleo, los altos costos y la decreciente economía venezolana, que debido a esto, crea una onda de empleos informales como la prostitución, que puede ocasionar o venir de una carencia educativa que conlleva a la delincuencia.

En el texto, el lector encontrará diferentes tipos de redacción, puesto que hay cinco escritas en primera persona y cinco en tercera persona, ya que el deseo del estudiante fue explorar los diversos estilos que permite dicho género periodístico, porque para el autor es importante, durante la culminación de su carrera universitaria, ejercer el aprendizaje y el reto personal de experimentar los diversos modos de redacción que permite la crónica, ya que desde el comienzo de su formación universitaria, demostró interés, profundo amor y dedicación por el área del periodismo impreso, y esa también es la razón principal por la cual escogió la modalidad de texto periodístico como proyecto final de carrera.

En conclusión, el principal objetivo que tiene el estudiante es reflejar los tiempos en los que viven los venezolanos actualmente (2017-2018), a través de diez

historias distintas en las que cada una representa un factor de la crisis que afecta a los ciudadanos.

Resumen Informativo sobre los temas que se encontraran y se hará referencia en el hilo de crónicas presentadas en el trabajo:

- **La inseguridad**

Según un sondeo de opinión realizado por la encuesta Gallup, y publicado en el año 2017, Venezuela encabeza la lista como uno de los países más peligrosos del mundo.

De acuerdo con el informe de Encovi 2017, presentado el 21 de febrero del 2018, 9 de cada 10 venezolanos considera que su inseguridad personal amentó durante el año 2017, mientras que el 22% de la población asegura haber sido víctima de algún delito, pero 65% no denunció los hechos ante las autoridades por la desconfianza en sus instituciones.

- **La inflación**

En las proyecciones de inflación realizadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), en noviembre del 2017, Venezuela terminó el año siendo el país con la inflación más alta del mundo, con un 1.133,8%, y se pronosticó que para el 2018, el porcentaje aumentaría a 2.349%.

- **Desnutrición infantil**

Según Susana Rafalli, representante de Cáritas -organización social de la iglesia católica-, al menos un 33% de la población infantil presentó un retardo de crecimiento durante el año 2017, y semanalmente, fallecieron cinco niños por falta de alimentación.

Asimismo, la organización registró en el mes de diciembre de 2017, un índice de desnutrición del 56 % dentro de los sectores más desposeídos del país, demostrando en febrero del 2018, que la cifra aumentó a un 72%, con un 16% de personas con desnutrición que se encuentran en estado delicado de salud, con un riesgo alto de morir debito a la falta de alimentos.

- **Crisis hospitalaria**

Según un informe elaborado en febrero de 2018, por el Observatorio Venezolano de la Salud (OVS), las intervenciones quirúrgicas dentro de los servicios de oncología en hospitales públicos de Venezuela, se encuentran en condiciones precarias, debido a la escasez de equipos tecnológicos por falta de mantenimiento e inversión, reduciendo un 50% las intervenciones.

- **Desempleo**

Según la Encuesta de Condiciones de Vida (Encovi) 2017, presentada el miércoles 21 de febrero del 2018, más de 200.000 personas perdieron su empleo en el año 2017, lo que ocasionó el incremento de la pobreza en el país, con un 87% en el 2017.

“El trabajo formal asalariado está perdiendo importancia como principal fuente de ingresos. La depresión económica impulsa al venezolano a sobrevivir en el mercado informal”, aseguró el economista y docente Demetrio Marotta al presentar la encuesta.

- **Presos políticos / Violaciones de Derechos Humanos:**

El director ejecutivo del Foro Penal, Alfredo Romero, aseguró en una rueda de prensa ofrecida en febrero del 2018 que "este es definitivamente el Gobierno con la mayor cantidad de presos políticos que ha habido en Venezuela (...) estamos hablando, además, de 12.098 detenciones con fines políticos desde el año 2014".

Marco teórico

Dado que el contenido del trabajo se presenta a través del género periodístico de la crónica, resulta fundamental explicar la definición del método utilizado por el estudiante.

Para comenzar, los géneros periodísticos, según Cebrián Herreros, “nacen por el impulso intuitivo y creativo de un autor para plasmar una necesidad comunicativa”. Por lo tanto, son las distintas formas de expresión que el periodista utiliza para presentar historias al público a través de distintas modalidades de expresión lingüística sobre hechos actuales que serán difundidos por los medios de comunicación.

Los textos periodísticos se originan en la tradición de los géneros literarios, sin embargo, su desarrollo no incluye a la literatura, sino a los medios de comunicación, como periódicos, revistas o prensa digital. Según José Luis Martínez Albertos son "aquellas modalidades de la creación literaria, concebidas como vehículos aptos para realizar una estricta información de actualidad (o Periodismo) y que están destinadas a canalizarse a través de la prensa escrita".

Según Álex Grijelmo, en *El estilo del periodista* (2014), “Los géneros nos sirven para entendernos en las redacciones (...), Pero también resultan útiles para el lector. Con una sola condición: que el periódico se moleste en diferenciar tipográficamente un género de otro” ya que el cuidado y la credibilidad al leer un texto periodístico “dista mucho de los que puede tener al aproximarse a un análisis o un comentario”.

Debido a esto, a la hora de escribir un texto periodístico, la elección del género que se va a utilizar dependerá de la información y del mensaje que se va a transmitir a la audiencia, puesto que cada modalidad (noticia, crónica, reportaje, entrevista), tiene características distintas en su manera de profundizar los sucesos.

En el caso de la crónica, se recogen elementos del reportaje, el análisis y la noticia. Es “un relato descriptivo que con estilo propio y manejo original del lenguaje, cuenta un hecho que ya ha sido objeto de tratamiento noticioso, lo humaniza lo hace

más vivencial e involucra al lector como protagonista” (El Tiempo. Manual de redacción. Pág. 44).

Según Earle Herrera, en su libro *La magia de la crónica* (1987), “en las buenas crónicas se destaca el lenguaje metafórico, el uso de recursos estilísticos (...) que enriquecen este género, invitan a su lectura”.

El uso de dicho género periodístico permite no solo informar, sino transmitir a través del recurso narrativo, imágenes y emociones detalladas, permitiendo que los temas que se escojan no sean limitativos, ya que permite la narración de cualquier suceso de manera atractiva para cautivar al lector y mantener su interés.

Una de las fuentes principales y más importantes para la realización de una crónica es la entrevista. Según Sonia Parratt (2008), al hablar de la entrevista como género periodístico, es importante el acuerdo previo entre “el entrevistador y el entrevistado para que exista un encuentro formal en el que, si fuese necesario, las preguntas estarían previamente marcadas”.

Asimismo, para Juan Gargurevich, es la “transcripción textual de un diálogo entre un periodista y un personaje real con el objetivo de dar a conocer las respuesta de éste al lector”.

En conclusión, la crónica recoge varios géneros periodísticos en su redacción, y según el escritor colombiano Gabriel García Márquez, en una entrevista publicada en *El Espectador* (1991), “La crónica es la novela de la realidad”.

Estrategia

El presente trabajo, con un total de 10 crónicas escritas entre el mes de Noviembre 2017 y febrero 2018, se realizó paso a paso para seguir un orden en su elaboración.

El primer paso antes de escribir una crónica es la investigación previa de las fuentes y de la información que se va a utilizar, para que el autor pueda profundizar y enriquecer sus conocimientos con respecto al tema que va a tocar en el texto.

Por lo tanto, antes de comenzar con las entrevistas y redacción de las crónicas, el estudiante realizó una lista de los temas a tratar en el proyecto, para luego escoger el hilo que seguirían las crónicas y así poder establecer un cronograma con la fecha de las entrevistas que se realizaron para el proyecto final de carrera.

Una vez obtenidos los datos y el relato de la persona, el estudiante prosiguió a la redacción, para luego enseñar el material al tutor que se encargó de supervisar el proceso al revisar la redacción a medida que el autor iba entregando las crónicas que terminaba, para recibir los comentarios del tutor.

El estudiante, al querer jugar con los distintos métodos de redacción que permite dicho género periodístico, decidió mantener una armonía entre las 10 crónicas, colocando de manera intercalada una redactada en primera persona, otra en tercera y así sucesivamente.

PROPUESTA DEL PROYECTO

CRONICAS: LOS ROSTROS DE LA CRISIS

Introducción:

Las protestas del 2017 en Venezuela comenzaron el 1 de abril, luego de que el Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) dictara dos sentencias el 29 de marzo, donde asumía las competencias de la Asamblea Nacional y concedía al presidente Nicolás Maduro tareas ajenas a su cargo. Las protestas se intensificaron después del 1° de mayo, cuando el presidente anunció una Asamblea Nacional Constituyente.

Las manifestaciones culminaron paulatinamente durante el mes de agosto. En el ínterin, 117 personas fueron asesinadas, y según el Foro Penal Venezolano (FPV), desde su inicio, hasta el 31 de julio, se contabilizaron un total de 5.051 detenidos por manifestar su rechazo al gobierno de Nicolás Maduro.

Esta crónica es sobre uno de ellos.

45 días en cautiverio

Mi nombre es Andrew. Tengo 25 años. La Guardia Nacional Bolivariana me detuvo el 24 de abril del 2017.

Aquel día, miré las nubes blancas que ocultaban levemente la claridad del sol que calentaba mis mejillas; el reloj de mi celular marcaba las 4 de la tarde. El Farmatodo de Guarenas Guatire, al que me dirigía con rapidez, tenía sus puertas de vidrio abiertas y el color azul del techo se veía resplandeciente desde el punto en donde yo lo miraba ansioso, para evitar mirar alrededor la extraña soledad de la calle, ya que, debido a las protestas que habían ocurrido durante la mañana, todo estaba desierto y la mayoría de las personas ya estaban en sus casas resguardando su vida de la Guardia Nacional Bolivariana.

Mientras el calor quemaba mi espalda con cada paso que daba, mi inquietud se reflejaba en las gotas que salían de mi frente. Todo estaba muy tenso. La calma que había me dejaba perplejo, porque escuchaba gente hablando a lo lejos, pero no sabía de dónde provenían las voces, por lo que no les hice caso, ya que mi único

objetivo era entrar en la farmacia y dirigirme hacia el cajero automático, pero el momento tranquilo no duró mucho. Me faltaban unos pasos para llegar cuando escuché varios gritos que penetraron en mi oído, como agujas siniestras que me dejaron completamente paralizado.

“¡Corre, corre!” fue lo primero que escuché. Al voltearme para observar lo que estaba pasando frente a mis ojos, me di cuenta de que la soledad había desaparecido: Vi unos veinte hombres y mujeres, entre ellos adolescentes, corriendo desesperados desde el otro lado de la calle; esto hizo que cada uno de los vellos de mis brazos se erizaran.

Mi cerebro detectó el peligro rápidamente, pero aquel choque de adrenalina no alcanzó mis pies, que se quedaron pegados al piso mientras observaba lo que pasaba justo frente a mis ojos, cuando... *¡Bum!* El sonido de una detonación apaciguó los gritos. Una bomba lacrimógena rodó por el piso, dispersando a todas las personas que estaban corriendo, ahora asfixiadas, con las manos en la cara.

¡Bum! ¡Bum!: Sonaron de nuevo, pero esta vez uno de ellos cayó al piso y no tardé en ver la sangre en sus piernas, imagen que pronto se desvaneció ante la cantidad de humo que nubló mi vista, obligándome a poner las manos sobre mi rostro para protegerme de aquel infierno que me rodeaba.

Sin aire puro para respirar, sentí que mis pulmones presionaban mis costillas y el dolor en mi pecho por la asfixia no me dejaba pensar ni prestar atención a las motos de la GNB que se acercaban a nosotros, mientras aumentaba la cantidad de humo y el ruido de las detonaciones seguía pasando por el pabellón de mis oídos, ya no como agujas, sino como cuchillos sin piedad que llevaron a mi cerebro a un estado de emergencia que me impulsó a correr hasta la farmacia, ya que estaba muy cerca.

Cuando logré acercarme a la entrada, atareado y mareado debido al gas lacrimógeno, sentí que aquellas puertas de vidrio, que brillaban ante mis ojos desesperados, eran un acceso al paraíso y a la paz eterna. Aquella farmacia era mi salvación, era la única manera de resguardarme de lo que estaba ocurriendo afuera. Sin embargo, aquellas puertas del cielo no duraron mucho tiempo brillando ante mis

ojos lastimados, porque justo al llegar a la entrada, escuché los gritos de un empleado delgado y de lentes negros.

-¡Perdón, chamos, no tengo de otra!– dijo, bajando con fuerza la santamaría.

Mi cuerpo cayó al piso debido al frenazo repentino, y al instante, sentí unas manos calientes que me apretaron con fuerza los hombros, obligándome a pararme de nuevo.

-¡Ya! ¡Ya, por favor, ya! -grité sin saber quién era porque estaba mareado, pero cuando mis piernas reaccionaron y logré pararme, vi al hombre que tenía enfrente.

Era alto, moreno, y usaba un uniforme de color verde aceituna, por lo que mi ofuscado cerebro no tardó en reconocer que aquel hombre de manos gruesas era de la Guardia Nacional Bolivariana.

Un grito se escapó de mi boca pidiendo auxilio, porque ya yo sabía, en el fondo, lo que venía después.

-¡Yo no estaba protestando, coño!, ¡Yo no estaba... -en ese mismo instante, los brazos de aquel hombre se levantaron, me golpeó con fuerza en la cara con su codo y caí al piso en un profundo sueño.

No sé cuánto tiempo pasó después, pero el ruido de una moto retumbó en mis oídos y me despertó al instante. El aire frío golpeaba el ardor de mi cara mientras mis parpados luchaban por abrirse y mirar a mí alrededor, ya que no sabía en donde me encontraba, pero era imposible: Mi cuerpo estaba muy débil y cada movimiento me dolía más, mientras mi cabeza se sentía como una bomba a punto de estallar.

De repente, un salto me sacudió, y la mínima energía que aún quedaba dentro de mi cuerpo la utilicé para depositar toda la valentía en mis ojos para abrirlos de par en par.

Todo estaba borroso y el maldito sonido de la moto me aturdía, por lo que me tomó un rato poder enfocar bien la mirada.

Me di cuenta de que el sonido no estaba muy lejos como pensaba. El ruido provenía de la moto en la que me encontraba, en el medio de dos GNB que me sostenían apretando mi cuerpo para impedirme caer de aquel monstruo en el que estábamos montados.

Un grito volvió a salir de mis entrañas hasta que sentí de nuevo aquellas manos calientes, esta vez sobre mi cuello.

-Cállate, carajito.

Fue lo fue lo único que escuché hasta desmayarme completamente.

Recuerdo que sentí un líquido frío recorriendo mi cara y el roce de unas manos suaves me despertaron levemente.

-Despierta, bobo- me dijo una voz femenina.

Al abrir los ojos para ver de quién provenía la voz, me di cuenta de que estaba en una pequeña cancha de básquet muy sucia, rodeada de una cerca metálica. A mi lado, acostados en el piso, conté a siete hombres y a la mujer que me había despertado, de cabello oscuro, piel morena, tal vez de unos 20 o 23 años y de cara muy linda. Éramos nueve en total, pero no seguí detallando porque justo en ese momento, mi mente se nubló por completo nuevamente y me desmayé por un par de horas más, hasta que los gritos de una mujer me despertaron de repente.

La mujer morena que hace rato me había sacado del sueño, ahora lloraba desconsoladamente y gritaba. Pensé que mis oídos explotarían de tanto escándalo.

-¡Déjenos salir!- decía, llorando.

Me di cuenta de que ya era de noche, y la tenue luz que iluminaba la cancha me permitió ver a mi derecha, un hombre de unos 24 años acostado en el piso sangrando por la nariz, mientras los otros seis se encontraban en la esquina a mi lado izquierdo, llorando con las manos en la cara.

En eso, un hombre con uniforme color aceituna abrió la puerta y no tardé mucho en ver que en su mano tenía una escopeta.

-¡Si siguen con la mariquera los llevamos a la celda de los presos a que se los violen!
-nos gritó desde la entrada, apuntándonos a todos.

Hubiese querido agarrar a la mujer y teparle la boca, pero no tenía fuerzas ni para moverme cuando comenzó a gritar luego de oír esas palabras.

-¡Me quiero ir!, ¡Auxilio!, ¡Auxil...! -la mujer terminó de gritar porque el hombre de uniforme disparó al cielo y se acercó rápidamente a ella, agarrándola con una sola mano del cabello y apuntándonos con el arma nuevamente.

-¡Si se mueven, les disparo a todos y más nunca salen de aquí, carajitos, no advierto más! –nos advirtió, aunque no fue necesario. Ninguno se atrevió a moverse mientras arrastraba a la mujer sujetándola del cabello, llevándosela por la puerta mientras soltaba una risa.

Todo se quedó en silencio porque quedamos en una especie de shock en el que ninguno supo cómo reaccionar, por lo que un rato después, lo que quedó de energía lo utilicé para hablar con dos hombres a mi lado.

Uno se llamaba Carlos y el otro Jorge. Me contaron que estábamos en el Poliplaza de Guarenas y yo había pasado dos días y medio inconsciente. Me informaron que ya todos nuestros padres estaban al tanto de nuestro encierro y cada uno había hablado por teléfono excepto yo, debido a mi estúpido sueño profundo por el golpe.

Quería seguir preguntando sobre lo que estaba pasando, pero de repente un hombre calvo y de piel morena entró por la puerta con un arma.

-¡Formen una fila! –gritó.

Nos paramos frente a él temblando del miedo. Otro hombre entró por la puerta con unas vendas negras y fue tapándonos los ojos uno a uno. Ahí fue cuando supe que algo malo iba a pasar en cualquier momento.

-Agárrense de la mano y caminen. Yo guío-, fue todo lo que nos dijo.

Caminamos tal vez unos 2 minutos que para mí fueron eternos y los más largos de mi vida, porque en el camino escuche gritos y risas, pero nunca supe de quién o de dónde provenían.

Escuchamos de nuevo el sonido metálico de las llaves abriendo las puertas de alguna celda y por un momento pensé que ya estábamos de vuelta en la cancha, pero no fue así. Un olor nauseabundo nos inundó las narices, siendo el olor más putrefacto que he olfateado en mi vida.

Nos empujaron al piso mojado, sabrá Dios de qué, y el olor se intensificó al instante, por lo que debido al desespero, nos quitamos las vendas rápidamente.

Nos encontrábamos dentro de una celda muy pequeña con unos 20 presos más, que estaban desnudos y temblando. Se veían famélicos mientras estaban parados. No entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando.

En eso, el moreno que nos había llevado a aquel infierno comenzó a hablar:

-Esto es para que vean que se tienen que portar bien, carajitos, no quiero que vomiten, ni que lloriqueen o van a recibir palo. El primero que se caiga se jode-, dijo entre risas que se colaron en mis oídos, junto con el sonido de algún hombre vomitando en la esquina.

Ningún preso hablaba, todos se veían exhaustos. Sentí que estaba dentro de un campo de concentración y nosotros éramos los judíos. El olor nauseabundo se metía dentro de mis fosas nasales, produciendo un picor en la garganta y un dolor en el pecho que aumentaba con la presión que mi estómago generaba, a medida que aguantaba mis ganas de vomitar todo aquel rancio olor que me pudría las entrañas.

La celda estaba oscura y no había mucho espacio para moverse, pero note rápidamente que aquel líquido en el piso no era agua. Las paredes estaban llenas de grafitis y estaban manchadas de algo que simplemente no quise saber de qué se trataba.

Los segundos pasaron lento y pude mantenerme calmado hasta que mis rodillas comenzaron a doler y mis piernas a temblar, mientras el olor seguía atormentándome por dentro. Me iba a desmayar, lo sabía.

Sin embargo, cuando estuve a punto de flaquear y darme por vencido, un preso muy flaco y de piel clara, que no pude detallar por la poca luz, cayó al piso llorando y no pasó mucho rato cuando el moreno de uniforme entró con un bastón negro y lo golpeó al menos unas diez veces, hasta que el preso no gritó más y quedó inconsciente, o al menos eso es lo que prefiero pensar.

Nuevamente, me sentí como un judío durante la Segunda Guerra Mundial, y supe que si alguno se rendía, iba a terminar como él. Así que agarré la mano de Carlos, que estaba a mí lado temblando, y le dije:

-Aguanta, aguanta, seguro más tarde nos sacan.

Sabía muy bien que si yo me caía en ese momento, Carlos, que ya estaba muy débil, iba a ser el siguiente en hacerlo.

Luego de horas o tal vez minutos, no recuerdo bien, porque perdí la noción del tiempo mientras la presión de mis rodillas hinchadas aumentaba con cada segundo, escuché el sonido metálico y el calvo moreno gritó:

-Pónganse la venda de nuevo carajitos, ya se acabó el tiempo.

Me hubiese alegrado mucho al escuchar esas palabras, si las vendas de mis ojos hubieran estado en mis manos y no en el piso mojado y sucio en donde las había lanzado, porque al amarrarme la venda en los ojos, el líquido y el olor putrefacto me invadieron la cara, haciendo que el vómito fuera imposible de contener.

Unas manos gruesas me agarraron los brazos y yo solo comencé a rezar esperando el golpe, pero me di cuenta de que las manos solo estaban sosteniéndome al caminar mientras me vomitaba toda la ropa.

Al llegar de nuevo a la cancha, nos empujaron a todos y cerraron la puerta. Fue la primera y última vez que me sentí agradecido de estar metido en aquella soledad de la cancha, alejado de aquel infierno nauseabundo.

Me quité la ropa inmediatamente y me acosté en el piso. Ninguno tenía fuerzas para hablar ni ayudarme. Todos nos quedamos dormidos del cansancio, hasta que el sonido metálico nos despertó a medianoche, penetrando en nuestros oídos como un tormento de angustia e incertidumbre.

El mismo hombre de uniforme calvo y moreno arrojó a la mujer que se había llevado, tirándola al piso y luego cerrando la puerta.

Todos nos acercamos a ella para ayudarla, pero al vernos, gritó que no la tocáramos y se alejó de nosotros para acurrucarse en una esquina a llorar con las manos en la cara.

Ninguno supo qué le pasó aquella noche ni a dónde se la llevaron, porque la mujer no habló más durante los próximos días y nosotros tampoco mencionamos nuestra experiencia.

Durante una semana todo transcurrió con normalidad, si así se le puede llamar al encierro. Como no éramos presos peligrosos, nos permitieron recibir comida de familiares o estudiantes que venían a traernos ropa también. Por las mañanas tratábamos de dormir mucho, mientras que en la tarde, después de comer, nos encargábamos de limpiar la cancha, los baños, hablábamos por horas o simplemente nos acostábamos observando cualquier cosa. No pasó nada interesante, pero con los días y las horas, las ganas de salir de ese infierno comenzaron a carcomer nuestras entrañas.

Hubo días en donde la desesperación y la ansiedad por estar encerrados nos llenaban de ira, y alguno siempre perdía la cordura rápidamente, gritando, golpeando la reja, llorando y maldiciendo todo, hasta que entraba algún hombre de uniforme a amenazarnos.

-Mosca que somos capaces de matarlos si siguen con la mariquera—, nos decían.

Una tarde, comiendo un delicioso pan con queso que alguien nos había traído, Carlos revivió mis esperanzas de libertad.

-Hablé con mi mamá por teléfono esta mañana. Me contó que pidieron un poco de requisitos y dos fiadores para poder salir, pero no sabemos cuándo. También me comentó que un abogado habló con ellos y les dijo que no va a permitir que nos vuelvan a llevar a la celda cochina de aquella noche-, dijo Carlos.

-Amén-, fue lo único que respondí.

Los domingos se convirtieron en un infierno agri dulce para mi madre, que me visitaba por la tarde y después sufría la angustia de tener que dejarme de nuevo hasta el próximo domingo. Pero al menos no volvimos a aquella celda putrefacta llena de porquería.

Los segundos se volvieron horas y las horas se volvieron días exhaustivos y solitarios dentro de aquella cancha, mientras que la ansiedad, el desespero, la fatiga y la tristeza se iban incrementando paulatinamente.

A pesar de que nos entregaban comida, no era suficiente para mantener nuestro peso, por lo que todos bajamos entre diez y quince kilos. Ya no había ninguna diferencia física entre los presos famélicos de aquella celda y nosotros.

No obstante, aprendí que la esperanza es el motor que puede mantener vivo a un cuerpo débil, porque mis compañeros fueron liberados poco a poco a medida que sus fiadores entregaban los requisitos.

Lo único que me permitía abrir los ojos y caminar para mover mis piernas delgadas era la esperanza de que saldría algún día, pero los días se volvieron un suplicio cuando me quedé solo con otro compañero en aquella cancha que ahora se veía enorme y desierta.

Las horas insulsas se convirtieron en momentos eternos y tormentosos de espera, hasta que una tarde escuchamos de nuevo el aterrador sonido metálico de las llaves que tanto atormentaba y hería nuestros oídos ante la incertidumbre por no saber qué pasaría luego.

Pero esta vez no fue para amenazarnos ni llevarnos al infierno nauseabundo. Una señora de cabello castaño tuvo que gritar desde la puerta, ya que al escuchar el

sonido de las llaves, corrimos hasta la esquina más lejana, por miedo a ser torturados o llevados de nuevo a sufrir con las vendas en la cara.

-¡Ya se pueden ir, salgan, muchachos!-, nos gritó con fuerza.

Sin saber si era una broma pesada para llevarnos de nuevo al infierno, mi compañero me sujetó el brazo y me llevó hasta la puerta con lentitud, mientras la mujer nos detallaba frunciendo el ceño. Tal vez dándose cuenta de lo flaco que estábamos.

Cuando crucé por la puerta, por primera vez en mucho tiempo, sentí que respiraba rápido y sin pausa, mientras que una hermosa felicidad comenzó a crecer dentro de mi pecho, cuando pensé que por fin vería a mi madre y ya podría dormir en mi cama de nuevo. Nunca había sentido una serenidad como esa, fue como si alguien me hubiese quitado un morral con mil piedras dentro.

Salí de aquel suplicio el 7 de junio a las 2 de la tarde, con los rayos del sol calentando mi rostro nuevamente, ante la brisa cálida que volví a sentir cuando mis pies lograron salir de aquel encierro.

Introducción:

No hay cifras oficiales que demuestren el índice de prostitución en Venezuela, no obstante, se conoce que el empleo informal ha crecido. Según Carlos Navarro, presidente de la central de trabajadores Así Venezuela, en el 2017 se registró por primera vez en la historia del país, un 50% de personas dentro del sector informal.

Asegurando que "Venezuela pasa por un momento muy difícil y deshumanizante porque el proceso es al revés. El trabajo formal se está informalizando".

El "trabajo" de Maya

La tenue luz de la habitación alumbra el temor en los ojos de Maya cuando siente vergüenza al observar su cuerpo desnudo frente al espejo. Con una mirada melancólica mira los morados que brotan de sus muslos sucios sin bañar por quien sabe cuánto tiempo, porque todos los días, luego de llegar a casa, siente desagrado de sí misma y detesta tocar su propia piel con las manos cuando está bajo la ducha.

-Me levanto todos los días con desgano, pero tengo cinco bocas que alimentar en la casa-, dice, mirando por la ventana, encogiéndose los hombros por el cansancio de sus piernas y brazos débiles.

Maya tiene 48 años, es morena de cabello castaño y tiene ojos color café claro, que brillan cuando los rayos del sol alumbran su cara. Dice que es muy hermosa para los hombres, pero muy flaca para la altura. Sus costillas deslumbran ante las miradas curiosas que la observan con detenimiento, cuando recorre las calles con su franela corta todas las mañanas, sosteniendo un cigarrillo en la mano derecha, que fuma para apaciguar el hambre que carcome su estómago frecuentemente.

Vive en La Naya, dentro del sector de Las Minas de Baruta. Para llegar a su vivienda, se debe administrar la energía o tener condición física, porque hay que subir al menos unos 50 escalones muy angostos que dividen las casas de ladrillos sucios, con perros famélicos acostados en el piso y niños jugando mientras corren subiendo por las escaleras.

Por dentro, su hogar es algo frío y el piso de cemento está sucio. Las ventanas tienen papel periódico pegado en los vidrios para evitar la claridad, lo que produce manchas color grisáceo en las cortinas blancas debido al roce del papel.

La pequeña sala de estar es estrecha, tiene un mueble que podría ser morado oscuro o tal vez negro, pero debido a la mugre, no se distingue a simple vista. El pequeño televisor en frente solo muestra un canal local del gobierno y en la esquina hay un colchón mugriento en donde duerme el gato por las noches o su hija embarazada Ahylé, de 17 años, que vive con ella junto a sus dos hijos adolescentes que abandonaron los estudios para poder tener tiempo de pedir plata en la calle.

-Al menos con eso se logra comprar algo para que alguien aquí coma, aunque yo también apporto algo con lo que gano-, dice Maya, con cierta tristeza en sus ojos, sacando un cigarrillo del bolsillo izquierdo de su pantalón rasgado en las rodillas.

Maya "trabaja" de lunes a sábado, aunque su horario varía según los clientes.

-Cuando entré en este negocio estaba desesperada. Recuerdo que ese día llamé a mi vecina Diana y le pedí un poco de pan o masa de arepa, porque mi hijo Carlos no comía desde hace un día, pero me dijo que el mejor trabajo que podía conseguir era uno que últimamente estaba muy de moda, según ella. Que no podía estar pidiendo pan todos los días.

Aquella noche, luego de la llamada telefónica, Maya no concilió el sueño. El aire frío que entraba por las ventanas abiertas erizaba los vellos de sus brazos, agravando el hambre que sentía por su estómago vacío, mientras que el sonido del llanto silencioso de sus hijos famélicos, sentados en el piso de la sala, entraban como diminutas agujas por los oídos de Maya.

-Esa noche tuve suficiente. Me puse las cholas y salí de la casa mareada del hambre.

Y exactamente, a las 4 a.m. la luna menguante fue testigo cuando Maya bajó un par de escalones, muy desesperada, a tocarle la puerta a Diana para escuchar más sobre ese trabajo tan misterioso, que según su vecina, estaba muy de moda.

-Recuerdo que le toqué esa puerta al menos unas 30 veces hasta que la muy condenada se paró a abrir. Ella sabía que la única loca que toca a esa hora pidiendo vainas soy yo-, dice entre risas.

Cuando Diana observó el rostro demacrado por el hambre y las ojeras moradas de su vecina, supo al instante la pregunta que ésta le haría.

-¡Te acuestas por dinero, hija! Pero anda a dormir, que como a las 10 de la mañana yo te cuento lo que vas a hacer, mira que yo conozco a varios clientes buenapaga, mujer, pero te tienes que arreglar un poco antes porque estas muy fea. Así no puedes cobrar tanto-, le dijo Diana rápidamente, y luego cerró la puerta en la cara atónita de Maya, que se quedó pensando en silencio en el mundo de oportunidades que sintió haber encontrado.

-Aún recuerdo esas palabras. Sentí una satisfacción rara porque al fin había encontrado un trabajo que bueno, no era el mejor, pero iba a ganar plata. Por eso me fui corriendo a la casa, me planché el cabello y hasta me pinté las uñas- dice entre risas nerviosas, un tanto insegura por aquel extraño humor que la caracteriza ahora, puesto que según ella, solía ser tímida, callada y muy introvertida, pero desde que entró en el negocio se siente diferente.

-Soy una mujer más valiente ahora, pero no te creas, sí he pasado roncha, vale.

Cuenta que la primera vez que se acostó con un hombre por dinero, fue en un hotel de Chacaíto.

-Diana me ayudó pasándole fotos mías al tipo para que viera lo linda que soy, -dice moviendo sus hombros con una sonrisa orgullosa-, y él acepto, pero le cobré para ese momento 130 mil bolívares, aunque debí haber cobrado más porque fue horrible para mí, me trató pésimo.

Aquel día, el azul brillante del cielo que siempre deslumbra sobre el Ávila junto con el sol radiante, se tapó con las nubes grises oscureciendo las calles, que por la lluvia de la madrugada, palidieron con los charcos de agua sucia, mientras que el sonido de los carros sobre el pavimento húmedo atormentaban los pensamientos intranquilos de Maya, al momento en que las gotas salpicaban en su piel, tensa por

la vergüenza que sentía al caminar, dirigiéndose al lugar en donde el primer hombre que se acostaría con ella por dinero la estaría esperando.

-El tipo dijo que me esperaría en la entrada del hotel. Yo estaba asustadísima porque he escuchado cuentos horribles de mujeres dentro del negocio que las citan y luego de violarlas, las matan, pero por mis hijos me mantuve fuerte y con piernas firmes.

Maya recuerda al hombre muy bien. Era moreno y tenía una franela blanca de bordes azules, con unos lentes de sol que ocultaban sus ojos, pero que no tapaban la cicatriz que tenía de manera vertical en el cachete izquierdo.

-Coño, era bastante feo. Intenté verle algo bonito, pero no pude. Cuando entramos en el hotel, creo que el hombre conocía al recepcionista, porque solo hizo un gesto raro con la cara y pasamos caminando rápido hacia la habitación 19. Al llegar yo no sabía cómo actuar porque Diana nunca me explicó esos detalles, imagínate.

Al entrar en la habitación, el hombre muy impaciente no espero ni un segundo a que Maya terminara de observar el cuarto cuando se le abalanzó encima, quitándole la ropa bruscamente con las sudorosas palmas de sus manos.

-Cuando me lanzó con fuerza en la cama yo estaba muy tensa. Intenté relajarme, pero me costó mantener la cordura en todo el asunto.

A pesar de que Maya debía pasar cuatro horas sobre aquella cama siniestra en donde estaría bajo el cuerpo caliente y sudoroso de aquel hombre con su fuerza bruta, sintió que pasaron mil minutos y días dentro de aquella habitación del suplicio.

Luego de recibir una cantidad insoportable de manotazos y rasguños en la cara, Maya aceptó el pago en efectivo, con una advertencia que la dejó callada por un largo tiempo:

-Nunca digas mi nombre o hables de mi porque se dónde vives, princesa. Mira que tu hija está embarazada—, le dijo el hombre al oído, mientras el cuerpo desnudo y adolorido de Maya se pegaba a las sabanas por el sudor.

-Aquellas palabras me asustaron, pero gracias a eso pude comprar comida aunque no fue mucho. Lo que hago ahora es que me meto historias en la cabeza-, dice Maya con expresión de disgusto frunciendo el ceño. "Pienso que es un amante que me quiere mucho, pero el problema es que me cuesta creerlo porque cuando te acuestas así por plata no recibes caricias, sino manoteos de mal gusto y bastante bruscos".

Maya ahora se acuesta a diario con al menos tres hombres distintos, lo que son un total de 15 o 16 hombres por semana, ya que según ella, la cifra varía, pero nunca baja de 14.

-Gracias a eso he podido conseguir algo de plata, pero con toda la cantidad de dinero que le debía a los vecinos, no he podido comprar gran cosa para nosotros. Si no pago las deudas, me pueden llegar con una pistola a la casa-, indica.

No obstante, quiere expandir el negocio y trabajar en conjunto con Diana, para conseguir más mujeres dispuestas a trabajar y lograr un aproximado de 14 o 20 hombres a la semana, para cobrar comisión por los clientes que le busquen a cada una.

-Bueno, yo ahora cobro en dólares, porque en bolívares no se puede ya, de qué me sirve eso. La verdad es que dependiendo del servicio y de las horas, puedo cobrar hasta 6 dólares.

Maya espera continuar con su trabajo y quiere ahorrar lo suficiente para poder pagar los gastos clínicos de su hija Ahylé.

-Todo esto es por mis hijos y no me importaría seguir haciéndolo-, dice sacando otro cigarro del bolsillo izquierdo de su pantalón.

Introducción:

Según el último estudio de la Organización Cáritas de Venezuela, realizado en el 2017, hubo un total de 35,5% de niños pobres que presentaron alguna forma de desnutrición, mientras que el 41% sale a pedir comida o buscar en la basura.

"El problema tiende a convertirse en crónico porque los niños no están huyendo de la casa por un problema de violencia intrafamiliar o porque deben salir a trabajar como ocurría en el pasado, ahora los niños están siendo sacados de sus casas para que consigan alimentos", aseguró Leonardo Rodríguez, director de la asociación civil Red de Casas Don Bosco, que da cobijo a más de 1.300 menores en todo el país.

Según los datos presentados en febrero del 2018 por la Encuesta de Condiciones de Vida (Encovi), la pobreza creció de 81,8% en 2016 a 87% en 2017.

No te acerques a los extraños

Mi nombre es María José Gómez y en octubre del 2017 aprendí lo peligroso que en Venezuela puede llegar a ser el contacto con personas en situación de calle.

El día que cometí mi grave error estaba nublado, y las nubes estaban a punto de soltar sus gotas cuando comencé a caminar deprisa hacia mi casa, por no tener efectivo en la cartera para pagar el pasaje del transporte ese día.

Me apuré con un trote suave hasta que por fin llegué a la curva ubicada en la parte baja de Las Minitas, Baruta, cuando vi que tres niños pequeños estaban hurgando entre la basura para encontrar algo de comer. No me sorprendió en lo absoluto, ya que todos los días veo gente haciendo lo mismo en el sitio, pero los niños se veían de tres o cuatro años, por lo que me acerqué a ellos recordando que tenía un paquete de galletas saladas en el bolso y una mandarina que me había regalado mi hermana esa mañana para la merienda.

Cuando me acerqué, me di cuenta de que los infantes estaban en un estado deplorable. La niña tenía puesto solo un pantalón azul roto y observé que su cara estaba sucia de tanto rascarse los ojos con las manos mugrientas con las que buscaba con desesperación en la basura. Un niño moreno, de tal vez cuatro años, solo tenía puesto un interior negro y sus piernas estaban sucias con envolturas plásticas de la basura pegadas en sus rodillas por agacharse en el piso.

El niño más pequeño, que estaba acostado viendo como los otros dos buscaban alimento, se rascaba con la mano una erupción rojiza que al parecer le provocaba mucha picazón, en un lado de su barriga donde relucían sus costillas.

Cuando me detuve para saludarlos y ofrecerles algo de comida, vi a una mujer morena muy delgada que no había visto antes. Se estaba parando en medio de todas las bolsas de basura. Me dio la impresión de que estaba metida dentro de una piscina de desechos, nadando para encontrar alimentos dentro de toda aquella suciedad.

Sin perder más tiempo observando las condiciones deplorables en la que se encontraban, metí la mano dentro de mi bolso para sacar la mandarina y entregársela al niño más pequeño que vi acostado en el piso.

Estiré el brazo agachándome un poco, pero él no me devolvió la mirada ni extendió las manos. Seguía rascando su barriga mirando a la niña que había dejado de buscar en la basura, para mordisquear un hueso de pollo que tenía entre sus dedos, ensuciando más su cara.

Como el niño no me estaba haciendo caso, le quité la concha a la mandarina y la dejé sobre la mano que tenía reposando sobre el piso. Cuando la vio me sonrió y comenzó a observarla como si fuera un juguete. Creo que no sabía que estaba viendo comida limpia.

Saqué las galletas de mi bolso y me acerqué al niño más grande que estaba mirando como la niña se comía, o intentaba comerse, lo que quedaba de aquella pata de pollo.

Cuando me acerqué, se me quedó mirando fijo y pude notar que tenía algo de miedo, porque retrocedió lentamente, pero intenté calmarlo.

-Tranquilo, solo tengo galletas. ¿Quieres? –le dije suavemente.

Me agaché un poco hacia él para entregarle las galletas, pero al hacer ese movimiento, noté que el celular que cargaba en el bolsillo grande de mi pierna derecha, se cayó al suelo. Lo agarré rápidamente para que no se ensuciara por la basura y lo volví a guardar en mi bolsillo, pero de repente, escuché un grito muy fuerte y alguien me saltó por detrás, encaramándose sobre mi espalda. Era la mujer.

Intenté gritarle que me soltara, pero se aferraba a mí con una mano y con la otra intentaba quitarme el celular.

Le di un codazo con mi brazo izquierdo para que parara, ya que tenía su peso sobre mi espalda y sus piernas huesudas me apretaban las caderas con fuerza, pero no logré hacer nada y caí al piso mientras la mujer seguía gritando que le entregara el celular.

Con ella peleando sobre mí, mientras los niños ignoraban todo lo que estaba pasando y seguían buscando comida, le agarré los brazos con fuerza para intentar que se parara, ya que seguía sobre mi cuerpo, pero la mujer actuó más rápido y sacó una pequeña navaja que tenía escondida en el pantalón, apuñalando dos veces mi pierna derecha mientras que con la otra mano sacaba mi celular del bolsillo.

Comencé a gritar fuertemente pero nadie venía a mi rescate. Pensé que serían mis últimos suspiros porque la mujer seguía sobre mí y todavía tenía clavada la navaja en mi pierna mientras la sostenía con su mano.

Sentí que el terror recorría todo mi cuerpo. De tanto gritar, me comencé a marear y un profundo dolor de cabeza me dejó debilitada en el piso con esa mujer atacándome.

Sin embargo, escuché el ruido de un autobús que se acercaba, ya que por ese lado siempre pasa el transporte de Las Minas.

Grité más duro con todas las fuerzas que me quedaban y mientras el autobús se acercaba, empujé a la mujer que por fin cedió cuando escuchó que se aproximaba gente.

El autobús se paró y cinco hombres se bajaron para ayudarme mientras otros tres agarraron a la mujer de los brazos y los tres niños salieron corriendo del susto.

-¡De aquí no te vas! –le decían a mi agresora, mientras esta se retorció entre los hombres intentando escapar.

Más personas se bajaron del autobús y se acercaron a mí. Una niña me echó un poco de agua en la cara mientras que una mujer se sentó a mi lado diciendo que ya todo estaba bien, que no había más peligro.

Seguía con la navaja en la pierna, pero debido a la adrenalina o tal vez por la impresión del momento, no sentía mucho dolor. Solo estaba mareada y tenía náuseas. Pensé que vomitaría toda la comida del día.

-Hay que llevarla al ambulatorio, mira como está sangrando –escuché una voz.

-Estoy mareada, estoy mareada –respondí con mucha debilidad.

-¡Alguien que le de agua o algo de comer mientras la llevamos! Está débil –dijo un hombre hablando por teléfono-, la encontramos en el piso. Una mujer le estaba haciendo daño, estaban peleando –decía el hombre, supongo que a la policía o a la persona que había llamado.

Estaba muy confundida y no podía ver mucho. Mis ojos se fueron cerrando poco a poco para reposar la vista ya que sentía que todo estaba muy borroso, pero el miedo aún me impedía relajar los párpados.

Una señora se acercó a mí y me ofreció jugo dentro de un termo morado que tenía en la mano, pero como no tenía fuerzas para agarrarlo, echó un sorbo sobre mi boca seca. Era jugo de guayaba, o tal vez de lechosa. Estaba muy espeso. Para intentar olvidarme del susto, me concentré solo en pensar acerca del sabor del jugo, hasta que una mujer que estaba dentro del autobús se me acercó y, ¡Vaya ironía! Sacó de su cartera un paquete de galletas saladas que me ofreció con una sonrisa.

Infancia perdida

El bulevar de Sabana grande, un viernes a las once de la mañana, acalora a la multitud, que bajo los rayos calientes del sol, recorren sus calles con un río de sudor en la frente, mientras el olor a basura en algunas esquinas, se cuele por la nariz y deja un picor en la garganta de las personas que caminan con prisa en el ajetreo caraqueño del día a día.

A unos cuantos pasos de La Pulpería del libro, se encuentran dos niños acostados en el piso sobre un cartón mugriento, con un vaso de plástico en la mano cada uno, que agitan cada vez que algún transeúnte se acerca.

El niño con pantalones cortos, rasgados hasta las rodillas, con una franela morada y sucia por el contacto del piso por haber estado acostado, no duda en regalar una sonrisa, mostrando sus pequeños dientes amarillentos cuando se le pregunta el nombre, mientras se le entrega una bolsa con un pan canilla de jamón y queso, que hace relucir sus ojos marrones por la emoción que siente al ver la comida.

-Yo soy Carlos y ella es mi hermana Sara –dice señalando con el dedo a la niña acostada y adormecida a su lado, mientras pica el pan por la mitad y lo coloca a su lado.

La hermana es de una flacura alarmante. Los brazos no tienen mucha contextura y los huesos se traslucen debajo de su piel poco cubierta por su franela rosada llena de huecos y el pantalón corto que deja a simple vista sus rodillas sucias, mientras respira lentamente chupando el dedo gordo de su mano derecha y da vueltas sobre el cartón del piso.

-Se mueve mucho porque tiene hambre y está incomoda, pero le dije que tenía que aguantar hasta la noche porque mamá nos busca a las siete, creo –dice Carlos rascándose el brazo izquierdo.

Se acerca a su hermana y toca sus hombros para despertarla mostrándole el pedazo de pan, y la niña famélica abandona el dedo gordo de su mano para estirar

su brazo tembloroso y agarrar el bocado que come con rapidez, mientras Carlos guarda el suyo en un morral azul con manchas de mugre que reposa bajo la sombra.

Cuenta que viven con su madre y su padre en una pequeña casa en Petare, pero no pasan mucho tiempo con ellos porque cada uno debe salir a la calle todos los días a conseguir plata o algo de comida para sobrevivir.

-Mi mama nos levanta a las siete de la mañana y nos acompaña hasta Chacaíto. Dice que debemos pedir plata a todas las personas que veamos y buscar comida en donde se pueda, pero yo no sé dónde se consigue eso. Ahí una vez encontré un pedazo de pan con queso, pero sabía muy feo –dice Carlos con voz débil, señalando las bolsas de basura que hay del otro lado de la calle.

Su mama se encarga de limpiar casas en Altamira y pasa todo el día trabajando para que su padre no se moleste.

-Ayer se quedó en la casa todo el día porque tenía dolor en las piernas y mi papa la regañó porque no tiene permitido quedarse en casa. Ellos siempre pelean mucho, a veces hasta se pegan gritando –comenta Carlos con un gesto de desaprobación.

Carlos cuenta que tiene doce años y su hermana once. Dejaron el colegio hace más de tres meses porque su madre no lo podía seguir pagando y necesitaban ayudar en casa pidiendo plata o buscando comida, para que el papa no se molestara ni les pegara por no contribuir con el hogar.

-Él siempre se arrecha si llegamos con las manos vacías. Por eso pasamos todo el día pidiendo para ver si logramos algo, pero cada vez es más difícil. Desde que los carajitos empezaron a robar con cuchillos, la gente no da mucho real y nos miran con miedo, pero yo nunca haría eso–dice mirando a los lados.

Su hermana se ve muy débil mientras se sienta en posición de indio y pasa la lengua por las palmas de sus manos, para no dejar migajas, ni un rastro del pan que se acaba de comer. De vez en cuando se agarra la cara y se rasca la frente o bosteza varias veces.

Carlos y Sara pasan sus días en distintos lugares de Sabana Grande, Chacao y Las Mercedes, pidiendo comida a todo aquel que pase por su lado, aunque asegura que no caminan mucho por la calle porque no tienen fuerza para realizar grandes hazañas como caminar más de tres cuadras, por lo que siempre deciden acostarse en algún sitio cómodo y esperar a que alguien se apiade de su hambruna.

-Mi mama a veces viene temprano y nos trae algo para comer, pero hay días que no viene y tenemos que regresar solos. Aunque hace como tres días, no recuerdo bien, nos quedamos dormidos aquí porque no teníamos mucha fuerza para devolvernos hasta la casa.

Recuerda que Sara se desmayó varias veces la semana pasada mientras salían de la casa, por lo que su mama tuvo que dejarla sola descansando mientras se iba con Carlos a pedir comida para ella.

-Nos quedamos toda la mañana en la salida del metro en la estación de Altamira. Mi mama siempre me pide que ponga cara triste y que me quede acostado, dice que eso a las personas les da lástima y así dan más plata, pero ya eso no está funcionando mucho –dice mirándose los pies.

Como no puede pasar mucho tiempo parado por la notoria falta de energía, se acuesta bajo la sombra y se acurruca al lado de su hermana, quejándose del frío que siente, a pesar de que todos los que pasan, dicen lo contrario por el sol que calienta sus cabezas.

En eso, la mirada de Carlos se torna algo nerviosa luego de ver varas veces a los lados.

-Mira, gracias por el pan, se lo voy a guardar a Sara para que coma más tarde. Yo puedo conseguir galletas de una señora que a veces viene y me trae –dice rascando sus ojos con las manos mientras sigue mirando algo a la distancia.

Carlos lanza una mirada seria y asegura que no puede seguir hablando por más tiempo, porque tiene que dormir su siesta diaria para luego caminar un rato más a tocar las puertas de la suerte, a ver si alguien le entrega algo, pero su cara

soñolienta sigue con un gesto de preocupación al agitar su mano despidiéndose, haciendo que su cuerpo tiemble mientras el frío que siente le deja la piel de gallina.

En eso, dos hombres molestos, de tal vez unos cuarenta años, se acercan a los niños y dan dos aplausos para agitarlos.

-Cuidado chica, que estos carajitos lo que hacen es robar. ¡Aquí no pueden estar, váyanse a otro sitio! –dice uno en un tono de voz muy alto.

Sara se para rápidamente y se coloca el bolso azul sobre los hombros, mirando con cara adormecida a los hombres que los amenazan, mientras Carlos agarra el pequeño cartón del piso que sirve de cama para su hermana, le agarra la mano y se van caminando a paso firme sin mirar atrás.

Introducción:

Según las conclusiones de la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida de la Población Venezolana (Encovi) 2017, “Las condiciones de vida relacionadas con la violencia e inseguridad en el país se mantienen en su gravedad”, ya que en su estudio se demostró que solo en 10% de las comunidades del país no se registró un delito violento, lo que quiere decir que en el 90 % del territorio nacional, la violencia está presente.

Venezuela encabeza la lista como uno de los países más peligrosos del mundo, según un sondeo de opinión publicado en el 2017 por la encuesta Gallup; y según la organización mexicana Paz Activa, Caracas es la ciudad más violenta de la Tierra desde 2017.

El negocio familiar de Yeiker

Era la mañana de un cálido sábado de esos en los que el cielo despejado no muestra un rastro de las nubes, cuando el reloj de mi celular marcó las 10:00. El viento agitaba lentamente las ramas y los matorrales que iba pasando mientras subía, respirando profundo, las viejas escaleras de concreto dentro del barrio Las Minitas en el sector de Las Minas de Baruta. No había mucha gente esa mañana y solo me encontré con dos niños acostados en las escaleras jugando con un carrito. Sin embargo, mi paranoia caraqueña no me permitía subir dos escalones sin mirar a los lados.

Exactamente a las 10:07 me paré frente a una pequeña casa de ladrillos frisados sin pintar, con una ventana grande del lado izquierdo y un dibujo un poco más abajo que resaltaba en rojo los ojos de un difunto presidente. Esta debe ser entonces, pensé, mientras sacaba de mi bolsillo una hoja blanca rasgada con la dirección.

Había llegado el momento de la entrevista. Toque tres veces con el puño, puesto que la casa no tiene timbre y en cuestión de segundos vi la manilla moverse.

Me encontraba frente a la casa de Yeiker. Un joven moreno de 23 años, de cabello negro y corto, con un tatuaje grande en el hombro derecho que tiene la figura de una sirena que llega hasta su codo. Sus ojos son de color café muy oscuro, pero bajo la tenue luz, llegan a verse negros mientras las ojeras resaltan su nariz puntiaguda.

-¡Tanto tiempo sin verte! ¿Desde hace cinco años no? En el último día del colegio. Estás igualita, chica –dijo con una leve sonrisa, detallándome desde los pies a la cabeza, mientras yo fingía que mi cuerpo no estaba tenso en lo absoluto.

-Bastante tiempo, chico –respondí sonriendo mientras me invitaba a pasar, con el viento rozando mi piel y la paranoia tensando cada musculo, acepté entrar en su casa.

No hay muchas cosas dentro y el lugar es muy pequeño. Tiene un sofá marrón oscuro con una manta blanca encima, en frente hay un pequeño televisor negro, una cuna blanca cerca de la ventana, y una mesa redonda de plástico verde en donde nos sentamos, que queda al lado de un estrecho pasillo que da a una habitación que tenía la puerta cerrada.

Me ofreció un café y acepté amablemente mientras detallaba el lugar.

-Bueno, me imagino que ya sé para dónde van las preguntas –dijo sonriendo.

Tomó un sorbo de café y mirando hacia el televisor, sin ninguna intención de mirarme a los ojos, dejó fluir las palabras que salían de su boca con una leve lentitud, debido a las reflexiones y pensamientos que iba teniendo en el momento.

Comenzó hablando de su adolescencia, afirmando que era un estudiante inteligente y tranquilo, aunque capaz de golpear al mundo entero si alguien se atrevía a burlarse del sobrepeso de su hermana, que murió hace dos años en medio de un tiroteo.

-Comencé con todo el peo de los robos a los 17 años gracias a mi papá y no he parado desde entonces. Es un negocio familiar y todos somos muy buenos en eso. Aún recuerdo la primera vez que vi una pistola. Era hermosa aquella vaina, le

pertenecía a mi mejor amigo, Rafa, ¿Te acuerdas de él? Siempre la llevaba dentro del morral al colegio –dijo entre risas sin mirarme a los ojos.

El negocio familiar tenía mucho tiempo, pero desde la muerte de su padre, muy respetado dentro de aquel mundo, se tuvo que dedicar a robar a transeúntes en el este de Caracas, para luego venderle la mercancía a “los bichos” así los llama Yeiker, puesto que en eso se basa parte de su negocio delictivo.

Con cada celular, prenda de oro, u objeto de valor que Yeiker roba y entrega a “los bichos”, le otorgan un buen porcentaje de ganancias, pero no todo es tan fácil. Al hacer un trato con los individuos y entrar en el mundo de El negocio familiar, ya no hay vuelta atrás. Debes hacer lo que te digan, robar lo que te pidan, estar dispuesto a matar si eso es lo que ellos quieren y estar a su servicio si necesitan alguna ayuda.

A cambio, “los bichos” ayudan económicamente, brindan seguridad y cierta estabilidad dentro del negocio, pero solo si te portas como debes y haces lo que te dicen.

-No he matado a nadie, nunca me lo han pedido, pero una vez estuve a punto. Fue porque la carajita se estaba tardando demasiado en soltar el celular, y en esos momentos la adrenalina es otro nivel ¿Me explico? Pero igual no creo que hubiese sido capaz. Dios nunca me lo perdonaría.

Yeiker se dedica al robo de celulares inteligentes o prendas caras que vea en las mujeres que encuentra en el área de Las Mercedes, Chacao y Prados del Este. Cada persona dentro de El negocio familiar tiene sus áreas y tareas asignadas de lunes a viernes, y deben ser cumplidas, o según él, “llevan machete”.

-Sin embargo, el robo no es lo único que se maneja, hay varias ramas dentro de este mundo pues.

En ese momento, mirando directo al televisor y frunciendo el ceño, la mirada de Yeiker se posó sobre mi rostro, y mis ojos intentando no salir de sus orbitas debido a las palabras que estaba procesando mi cerebro consternado, se mantuvieron mirándolo al rostro fijamente.

-Hay prostitución, venta de polvito, venta de repuestos para celulares robados, en fin. Hay un montón de vainas, pero tampoco puedo soltarte todo eso, ¿Me entiendes? Te estoy contando lo básico, pero te diré algo chica, aquí hasta el mismo gobierno mete mano y pide cosas.

Yeiker me miraba con los ojos bien abiertos. Parecía orgulloso de lo que estaba contando, porque su cara brillaba de felicidad mientras me contaba, pero se limitó a negar con la cabeza y soltar una mueca cuando le pregunté qué cosas eran esas que tanto les pedía el gobierno.

-Eso ya es preguntar de más –dijo con seriedad-, pero para cambiar un poquito el tema, yo siempre admiré la valentía de mi padre y la manera en que manejaba sus negocios con esos bichos. Conseguía dinero muy fácil ya que era todo un profesional en el beta.

Encendió un cigarro y aspiró profundamente soltando una gran cantidad de humo, y como lo vi tan tranquilo, pregunté cómo eran sus días entre semana.

Contó que en un día normal comienza la cacería a las 9:00 de la mañana y termina a las 10:00 de la noche, o a veces más tarde, todo depende de lo que pidan “los bichos”. No le gusta asaltar en lugares como Sabana Grande o Chacaíto porque esa zona le pertenece a otras bandas peligrosas.

-Yo en esas zonas no me meto a echar vaina ni loco. Hace como un mes un niño flaquito me estaba siguiendo mucho a eso de las once de la noche por Chacaíto, y cuando lo encaré, el carajito me sacó un cuchillo. Uno se encuentra cada cosa vale –dijo negando con la cabeza con desagrado.

Entretenido fumando su cigarro, mirando a todos lados menos a mí, contó que a pesar de que se mueve con facilidad y ya tiene mucha experiencia en el campo delictivo, el negocio familiar es rudo y no es para cualquiera.

-Hay gente que han matado por mentirle a “los bichos”, por robar plata o deber favores, como le hicieron a mí hermana, aunque esa se pasó de sinvergüenza en su momento.

Sin saber a qué se refería al llamarla de ese modo, y consciente del límite que me había puesto con su familia y con el negocio, decidí no preguntar sobre el asunto de la hermana, ya que tres días antes, un poco renuente a la entrevista, me dijo:

-Está bien, puedes venir a preguntarme vainas porque te conozco desde hace años, pero no me vas a preguntar mucho. Yo cuento y hablo lo que quiera y pueda.

Yeiker seguía mirando en dirección al televisor y pude notar que su cuerpo se tensó cuando mencionó a la hermana, pero no dijo más nada sobre ella, porque en ese momento sonó el teléfono y pegó un brinco cuando lo escuchó.

Salió corriendo a la habitación que estaba cerrada para buscar el celular y se encerró allí.

Escuché algunas palabras que dijo en voz baja, pero no pude ser capaz de descifrar bien, a pesar de que intenté mantenerme atenta a los sonidos de su voz.

No pasó mucho rato, tal vez unos eternos diez minutos cuando Yeiker salió del cuarto.

-Bueno, ya creo que te dije suficiente, porque me tengo que ir y ya me están pidiendo vainas. Tengo que salir a trabajar.

No había terminado de hablar cuando ya me estaba parando de la mesa para dirigirme a la puerta. Ya había tenido suficiente y no era muy seguro quedarme por tanto tiempo a solas escuchando sobre aquel negocio familiar.

-Espero verte pronto, reina –me dijo al abrir la puerta con una sonrisa, detallándome de nuevo.

-Si vale, claro que sí–mentí sonriendo al salir.

Las madres siempre tienen la razón

Antonio salió de la fiesta de su amigo Carlos en Prados del Este, a las dos de la mañana el 17 diciembre del 2017. Su mamá lo había llamado para pedirle que se quedara en el lugar para evitar salir manejando a altas horas de la noche, pero Antonio decidió ignorar la advertencia de su madre y encendió el carro para salir de la casa de su amigo.

Aceleró cuando salió por el portón de la casa y se dirigió con precaución hasta la autopista para irse a su apartamento en La Trinidad, donde vive con su papá y su mamá.

Cuando cruzó la curva al final de la urbanización, para agarrar un tramo de la Autopista Prados del Este en dirección a su hogar, sintió un poco de miedo por la oscuridad de las calles y la soledad en la que se encontraba, pero la música de su radio y el vaso de cerveza a su lado lo mantuvieron relajado durante un rato.

Sabía que salir a esa hora era peligroso, pero debía llegar a su casa para dormir un par de horas y luego levantarse a estudiar para un examen importante que tenía pautado para el lunes

El aire helado que enfriaba sus manos en el volante no dejaba que el sueño se apoderara de su cuerpo mientras el pie sobre el acelerador no temía en subir la velocidad para no tardar mucho en aquella solitaria calle.

Sin embargo, Antonio se dio cuenta de que no estaba solo cuando vio una luz lejana a través el retrovisor, pero sin ninguna paranoia que agitara su atención, debido al alcohol en su sangre y su mente somnolienta, decidió ignorar el hecho de que no era solo una luz lo que veían sus ojos.

Cuando aceleró un poco más luego de unos segundos, volvió a ver a través del espejo del carro y le tomó poco tiempo darse cuenta de que aquel resplandor provenía de una moto.

Un poco alarmado, tomó un trago de cerveza y bajo el volumen de la música para concentrar su atención y todos sus sentidos en manejar el carro bien para llegar a casa pronto y solo tener el recuerdo, pero otras luces nuevas apaciguaron su tranquilidad.

Había cuatro ahora detrás de él, y se acercaban a una velocidad increíble. Antonio no sabía qué hacer. Hasta pensó en llamar a su madre, pero le pareció inútil y peligroso apartar una mano del volante solo para agarrar el celular y alarmar a su madre con su miedo. Tampoco podía llamar a la policía, porque *“a quién llama uno en este país cuando tiene una emergencia, aquí no existe un 911 que funcione”* pensó alarmado.

Aceleró todo lo que pudo pero aún seguía en la autopista en sentido La Trinidad, y sintiendo que aquel camino era eterno mientras las motos se acercaban cada vez más, su pie apretó el pedal sin dudarlo, dando inicio a una persecución que él mismo sabía, iba a terminar muy mal en cualquier momento.

Las cuatro motos se acercaron a una velocidad que lo asombró, y lo primero que vio a su izquierda, por el retrovisor, fue un hombre manejando con un parrillero que tenía una pistola en la mano.

Del susto por ver el arma, redujo la velocidad sin saber qué hacer, pensando que si se oponía, le dispararían en el momento. Esto le dio chance a la otra moto de colocarse a su lado derecho y las otras dos en la parte trasera.

Estaba acorralado. El hombre que tenía de su lado le tocó el vidrio con la pistola dos veces y le hizo señas para que se bajara del carro, pero Antonio no quiso.

El extraño volvió a tocarle el vidrio, esta vez apuntándolo y acelerando para colocarse delante de la camioneta. Antonio pensó por un momento rápido durante la persecución, que tal vez si lo atropellaba, el hombre caería al suelo y lo dejaría en paz, pero recordó que tendría que lidiar con tres motos más y abandonó la idea.

El parrillero que tenía del lado derecho también sacó su pistola y golpeó dos veces el vidrio mientras las motos de atrás aceleraban y se pegaban más del carro. Ya no había solución.

-¡Voy a apagar el carro pero no me vayan a matar!, ¡Les dejo el carro y se van, no me vayan a hacer nada! –gritó Antonio, bajando un poco el vidrio.

No sabía si estaba tomando la decisión correcta, pero si no paraba el carro, tal vez lo seguirían hasta su hogar en donde dormían sus padres, por lo que sin saber si era un secuestro o un robo, decidió reducir la velocidad hasta que paró el carro por completo.

Lo primero que escuchó fue un golpe fuerte en el vidrio que un hombre dio con el mango de la pistola.

-¡Bájate del carro chico!, ¡Bájate rápido o disparo! –le gritó.

Antonio comenzó a llorar recordando las palabras de su madre cuando le advirtió que se quedara en la fiesta, porque salir a esa hora era muy peligroso.

-No me maten, no me maten –repitió con voz temblorosa mientras abría la puerta para bajarse del carro.

-Cállate vale, cállate que tú haces lo que nosotros decimos –le dijo el hombre apuntándolo en la frente con la pistola.

Tenía unos lentes negros con montura morada y el que manejaba la moto tenía un suéter negro con capucha. Los demás también tenían la cara tapada, pero solo se quedaron quietos mientras lo apuntaban.

El que le gritaba parecía ser el jefe porque todos le hacían caso a lo que decía.

-¡Tú! –Dijo señalando con la pistola al parrillero de la otra moto –, ¡Móntate en el carro y manejas rápido!

Antonio sintió un agridulce alivio extraño que nunca había sentido, cuando supo que solo iban a robarle el carro y no su vida.

-Mira carajito, vas a irte corriendo en esa dirección mientras nosotros arrancamos. Si te veo caminando o parándote, te disparo.

El hombre señaló la calle por donde venían, pero Antonio aún no confiaba en ese juego extraño y no sabía si sería buena idea darle la espalda a aquel sujeto armado, pero tampoco tenía muchas opciones para elegir.

Pensó que tal vez le dispararían en la espalda o en lo que comenzara a caminar, pero le dio más miedo quedarse parado frente al hombre que lo apuntaba de cerca.

-Está bien, pana. Yo corro para allá, pero no me vayas a hacer nada, por favor – suplicó llorando.

-Cállate y corre. Anda o disparo y te dejamos sangrando en medio de la calle –fue su última amenaza.

Antonio no esperó otra advertencia y sin ninguna energía ni ganas de correr, se fue rápidamente por la calle que había señalado el hombre, devolviéndose por donde habían pasado antes.

Cuando comenzó a correr para alejarse de aquel suplicio, escuchó que las motos arrancaron con el sujeto en su carro que también se alejaba.

En ese momento paró y corrió a un lado de la autopista para no quedar en el medio y lloró en la soledad en donde se quedó, en plena oscuridad mientras el miedo tensaba cada musculo, impidiéndole caminar.

Sacó el celular de su bolsillo, impresionado por tenerlo aún, y llamó a su amigo Carlos.

-¿Qué pasó chamo?, ¿Ya estás en casa no? –le preguntó con una música muy alta de fondo, que se pasaba a través del teléfono, atormentando la inquietud de Antonio.

-No pana, necesito que me vengas a buscar, estoy en la autopista sentido La Trinidad, cerca de tu casa. Me robaron el carro –dijo llorando mientras cada parte de su cuerpo temblaba por el miedo, obligándolo a acostarse para esperar a sus amigos.

Introducción:

William Velazco, miembro de la Federación de Farmacéuticos en Venezuela, aseguró en septiembre del 2017 que la escasez de medicamentos se encontraba en un 80%.

Carlos Márquez, presidente de la Sociedad Venezolana de Nefrología, denunció en enero del 2018, que no hay medicamentos antirrechazo para pacientes, mientras que la Sociedad Venezolana de Nefrología ha enviado comunicaciones al Seguro Social y al Ministerio de Salud durante un año, pero no ha recibido respuesta.

Asimismo, también hay cada vez más personas de la tercera edad que son víctimas de esta escasez de medicamentos, puesto que según Luis Francisco Cabezas, director general de la Asociación Civil Convite, los problemas fundamentales que afectan a los adultos mayores son: la soledad y el desabastecimiento de medicinas y alimentos.

El medicamento de Christopher

La brisa fresca agitó mi cabello durante la calurosa tarde del 24 de febrero del 2018 cuando el pequeño Christopher me abrió la puerta. Tenía una franela blanca que relucía las ojeras oscuras arriba de sus pálidos cachetes regordetes, que se marcaron con diminutos hoyuelos cuando me ofreció una cálida sonrisa y me hizo un gesto con el brazo derecho invitándome a pasar, mientras que con el otro sostenía un libro de cuentos de Borges.

Entramos directo a una pequeña sala de estar que tenía dos muebles negros, uno frente a otro, y tres cruces de Jesús en la pared. Del lado derecho, había una mesa de vidrio redonda con tres vasos de agua.

Christopher me llevó hasta la mesa para sentarnos a conversar mientras esperábamos a su madre Erika quien estaba en el baño, ya que al parecer, no le gusta hablar de su condición cuando no está bajo la protección de las palabras de

su mamá, por lo que primero me comentó que lee mucho y ha aprendido palabras nuevas desde que no sale de su casa.

-¡Me gusta hacerlo! Y también escribo porque eso me ayuda a salir de este mundo. Mi doctor me dijo que escribiera sobre las cosas que me aterran para liberar tensión, o algo así, pero a mí lo único que me da miedo es el cansancio que no me permite salir a jugar con mis amigos.

Le iba a preguntar sobre qué temas le gustaba escribir, pero en ese momento Erika salió del baño con una sonrisa y detuvo la conversación por un momento para saludarla.

Se sentó con nosotros complacida de ver como reíamos mientras hacíamos expresiones graciosas con la cara para divertirnos.

-Mi Christopher es muy valiente e inteligente –comenzó a decir Erika- tiene trece años y ya ha escrito 14 cuentos. Espera algún día convertirse en escritor.

Christopher solo asintió con una leve sonrisa, ya que estaba muy ocupado ojeando su libro como para participar en conversaciones que impidieran el placer de seguir leyendo.

Erika lo miró y le acarició la cara cuando comenzó a contar que su hijo recibió un trasplante de riñón hace dos años en el hospital J.M de los Ríos, pero todo desde ese momento se volvió un estrés para los dos.

Al culminar el proceso quirúrgico, le prometieron que recibiría los inmunosupresores que debe tomar sin falta toda su vida, para evitar la pérdida del riñón por el rechazo del cuerpo, pero esa promesa no duró mucho tiempo.

-Desde hace un año comenzaron a escasear en el hospital los cuatro medicamentos que debe tomar Christopher todos los días, y ha sido todo un problema desde entonces, ya que la interrupción del tratamiento es grave para él, porque no ha podido seguir bien el régimen y ahora su salud está en riesgo.

Erika siguió comentando la frustración que ha sentido desde que comenzó la escasez del medicamento por ser un tema que se va de sus manos completamente.

-Antes no me preocupaba tanto porque tengo familia en Colombia que a veces me ayuda, pero ya me sale carísimo traerme todo lo que les pido. Soy maestra y también me dedico a vender postres que cocino todos los días, pero con el sueldo que gano solo me alcanza para comprar comida y ya -contó con una mirada triste.

Dijo que el papá antes ayudaba mucho en la casa y eso era un alivio para todos, pero murió de un infarto hace 5 años, por lo que Erika tuvo que encargarse de todos los gastos del hogar.

-Hace cinco años Venezuela era otra. Ahora todo es inaccesible y sufro ataques de ansiedad por no poder conseguir el tratamiento de Christopher a tiempo.

Erika recordó molesta cuando hace dos meses, desesperada por encontrar el medicamento, le dijo a su hijo que irían a un doctor en el hospital para preguntar si podía mandar un tratamiento distinto al acordado, pero la respuesta del doctor le dejó las manos heladas todo el día y una tristeza llena de rabia le abrumo el pecho durante muchas noches.

-El médico nos recetó Prednisona, ¡Prednisona! Ese es un antiinflamatorio que están recetando ahora por la escasez. Sí disminuye los niveles de rechazo del órgano, pero ese es un tratamiento de uso veterinario. Es ¡Para animales!, ¡Animales! Y además nos dijo que por el momento era mejor tomar eso, ya que su condición podía empeorar si simplemente no tomaba nada, pero igual me rehusé.

Contó que la esperanza de Christopher se fue desvaneciendo paulatinamente desde aquel día. Pasó semanas aislado de sus amigos, recordando las palabras del doctor cuando explicó que conseguir el tratamiento en Venezuela iba a ser muy complicado.

-Nos vamos a tener que ir de acá por la frontera hasta Colombia. Porque si no lo saco de aquí, ¿Cómo hago? Cuando pierdes el derecho a las medicinas, pierdes el derecho a la vida –me dijo la madre agarrando un rosario blanco que tenía colgado en el cuello.

Christopher apoyó los brazos sobre la mesa de cristal mientras respiraba lentamente mirando hacia la ventana. Ya había dejado de revisar el libro y ahora

solo miraba, con cara de aburrimiento, los pájaros que se posaban sobre el marco de la ventana debido al pequeño plato con alpiste que siempre coloca Erika.

-Ya no dejo que salga mucho porque no está tomando bien el tratamiento –dijo mirando la cara de su hijo- le queda para una semana. No quiero que se debilite, tengo mucho miedo por lo que pueda pasar –terminó de decir entre sollozos que quebraron sus palabras.

Sin embargo, a pesar de que teme por el futuro de su hijo, su esperanza se aferra a su hermana, desde que le prometió que muy pronto le prestaría dinero para sacarlos del país.

-Trabajaré de lo que sea, no me importa. Mi hijo no se va a morir aquí-, dijo Erika con lágrimas saliendo de sus ojos, hasta que Christopher pasó sus dedos por la cara de su madre para consolarla.

Una vejez sin medicinas

A María nunca le gustaron las visitas ajenas, ni las conversaciones largas que la comprometieran a salir de su casa. Se encierra en su cuarto durante horas sin abandonar la cama y se rasca las rodillas con una vehemencia imparable, porque siente que eso la relaja en los momentos de ansiedad.

Sus brazos marcados por el paso de la vejez, a sus 70 años, son muy delgados y pálidos, mientras que sus piernas temblorosas se debilitan cada día, cuando camina lentamente la corta distancia de su habitación al baño.

-Yo antes tenía mucha energía, pero ya ni eso le deja tener a uno este gobierno – dice con amargura mientras ve por la ventana.

Las paredes son blancas porque según ella, los colores opacos no serenan. La cama tiene un colchón viejo e inestable, con resortes antiguos que suenan cuando María se sienta encima, hundiendo su cuerpo en aquella desgastada cama con cobijas amarillas de rayas verdes.

Sus manos tiemblan con ímpetu mientras se agarra el cabello canoso para peinarlo y mira un pájaro verde que se posa sobre el marco de la ventana.

-Desde que estoy encerrada aquí en la casa, me gusta distraerme peinándome y manteniéndome bonita, porque no sé cuánto tiempo dure así. Uno nunca sabe cuándo le toca irse.

A María le diagnosticaron depresión a los 22 años de edad, y desde entonces, ha tenido que vivir medicada para no perder el balance de su vida y de su rutina diaria.

-Yo siempre he tenido que estar en tratamiento, pero como ya no se consiguen, ha sido difícil. Hace seis meses decidí rebajar la dosis de mis pastillas, picándolas para que no se gastaran tan rápido, pero eso me afectó más y todo empeoró desde entonces.

Solía trabajar de maestra ofreciendo clases particulares de Matemática e Inglés, pero hace 6 meses tuvo que parar por la falta de energía que debilitó su cuerpo, dejándola en cama muy exhausta debido a su enfermedad.

-Cuando me quité la dosis por completo porque se acabó, terminé en cama por dos meses. Mi hija me tenía que cuidar porque yo no podía ni bañarme sola. Entré en un laberinto sin salida. No podía ni comer, hasta bajé 20 kilos, mi familia pensó que me iba a morir. Yo hasta pensé en suicidarme.

Carla, la hija de María, pasó meses en la oscuridad de la angustia por ver a su madre en esas condiciones e hizo todo lo que pudo para conseguir el antidepresivo.

-Llamaba todos los días a las farmacias, pero nada qué ver. Mi mama antes las recibía a través del Seguro Social, pero dejaron de hacerlo porque ya no tenían y además le comentaron que debía sacar el Carnet de la Patria, ¡Por Dios! A partir de allí la cosa se complicó. Ha sido horrible para nosotros, porque además ha tomado el tratamiento de manera desordenada porque nunca lo puede continuar.

María se sienta en el borde de la cama para escuchar a su hija y cubre su cuerpo tembloroso con las sabanas amarillas debido al frío que siente por la debilidad.

-Cuéntale lo de la fundación –le dice María a su hija, extendiendo el brazo levemente con un gesto que indica que siga hablando.

-Ah, bueno, nosotros en diciembre, no recuerdo bien. Tal vez fue en noviembre. Conseguimos el nombre de una fundación llamada Abuelos Miranda, en la que donaban medicamentos si llevabas el récipe. Esos tratamientos vienen de gente que manda de otros países o que dona todo cuando va a emigrar. Debido a la fundación, conseguimos dos blísteres del medicamento, aunque estaban vencidas, pero no tenían mucho tiempo en ese estado, por lo que aún funcionaban.

Carla asegura que con esa dosis, María pudo mejorar solo un poco, pero al menos logró pararse de la cama para comer. Sin embargo, cuando regresó a Abuelos Miranda para preguntar si tenían más pastillas, la respuesta la dejó atónita y con un dolor en el pecho en donde volvieron a crecer como raíces, la ansiedad y la incertidumbre por la salud de su madre.

-Toqué la puerta varias veces hasta que el vigilante se asomó. Le dije que venía para preguntar si tenían más tratamiento y hasta había llevado varias pastillas de antibiótico que tenía en la casa para donar a la fundación y ayudar al menos en algo, pero el vigilante me dijo que por órdenes de Héctor Rodríguez, el nuevo gobernador de Miranda, tenían prohibido recibir donaciones o entregar medicamentos, por lo que ya no están dando nada.

Después de eso, no volvieron a encontrar el antidepresivo y la salud de María se ha deteriorado cada día desde entonces.

- Conseguí un contacto en Cúcuta que me puede conseguir las pastillas, pero tengo que pagar en dólares, y con lo que gano de mi pensión no me alcanza, no puedo ni comprar comida con eso, no puedo hacer nada ¿Cómo vivo entonces?, ¿Si no tuviera a mi hija, en dónde estaría metida yo? –se pregunta María encogiéndose de hombros.

Introducción:

Según el último ranking anual del Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal, Caracas está de segundo lugar dentro de las 10 ciudades más violentas del mundo en el 2017, con 111,19 homicidios por cada 100.000 habitantes.

De acuerdo al informe anual del Observatorio Venezolano de Violencia (OVV), se registró 89 muertes violentas por cada 100,000 habitantes durante el 2017, lo que se traduce en 26,616 víctimas

Recuerdos de una noche oscura

Mi nombre es Yolanda Hernández y asesinaron a mi hijo un 19 de diciembre del 2017.

Los recuerdos de esa noche aún florecen en mi mente. Llegué cansada a las 6:30 de la tarde porque había estado trabajando todo el día en una peluquería cercana a mi casa. Me dediqué a hacer manos y pies durante toda la jornada, desde las ocho de la mañana hasta las seis, cuando mi espalda, crujiendo por la tensión y el cansancio, no me permitió seguir el ritmo, así que decidí atender a un último cliente y me fui.

Había una brisa fría decembrina que me refrescaba mientras caminaba hasta la casa muy rápido y mirando a los lados, porque en petare uno nunca sabe que puede pasar. Además, en diciembre siempre oscurece muy temprano y no es seguro que una señora como yo, de cincuenta años, vaya caminando sola por ahí con las propinas en el bolso, aunque eso nunca rinde para nada.

Cuando llegue ajetreada a la casa y con el estómago rechinando por el hambre que sentía, el dolor de mi espalda se hizo más fuerte y me obligó a acostarme en el mueble de la sala. Me quedé un largo rato pensando en la cena que tenía que preparar para mi hijo y para mí, pero estaba tan cansada que mis ojos se cerraron y me dormí. Aunque no pude descansar mucho.

Escuché gritos muy fuertes que me despertados. Las voces provenían de dos hombres que estaban peleando con mi hijo Alberto, que también gritaba.

-¡Pana, yo te vendí una moto usada, tú debías saber que seguro tenía algo! –dijo mi hijo.

-Esta vaina no sirve, ¡No sirve! ¡Devuélveme mi plata! –le gritó un hombre diciendo lo mismo varias veces.

Me comencé a preocupar por el tono de su voz y por lo cerca que escuchaba toda la discusión, que al parecer, era grave.

Vi el reloj de mi muñeca antes de pararme del sofá. Eran las once de la noche. Muy tarde para estar con esas peleas en pleno barrio.

-¡Mira carajito, tú me devuelves la plata o no ves a tu mamá más nunca! –gritó el hombre muy fuerte amenazando a mi Alberto

Cuando escuché esas palabras, me alarmé como toda madre cuando escucha que se meten con su muchacho, pero cuando me paré del mueble, dispuesta a salir y defenderlo de aquel hombre, escuché dos tiros que me hicieron gritar al instante y me tumbé al piso llorando.

Mareada por el fuerte sonido que me había dejado media sorda de un oído, produciendo un mareo que me agitó la cabeza mientras la apoyaba sobre mis brazos, acostada con temor, todavía en el piso.

Todo pasó muy rápido después de eso.

-¡Lo mataron!, ¡Lo mataron! –gritó mi vecina de arriba desde su balcón.

Mis piernas perdieron toda la fuerza cuando escuché esas palabras aterradoras que nunca voy a poder olvidar, pero logré arrastrar mi cuerpo con valentía hasta la puerta.

Cuando me asomé, mi pobre hijo estaba en el piso. Recibió un tiro en la cabeza y otro en el pecho. Había mucha sangre, pero igual me acerqué a su cuerpo y lloré

un mar de lágrimas sobre él. Mi hijo era muy joven coño, no merecía aquella injusticia.

Luego de verlo así, mi cuerpo no pudo procesar el dolor inmenso que sentí y al poco rato me desmayé o quedé medio inconsciente. Para ser sincera, no recuerdo mucho. Mi psicólogo dice que eso es como un mecanismo de defensa que ejerce el cerebro cuando intenta bloquear momentos muy dolorosos.

Como perdí un poco el conocimiento, mi energía se agotó y pegué la nariz del piso, lo que hizo que comenzara a sangrar mucho, y debido al charco inmenso que había entre nosotros, la gente pensó que también me habían matado a mí. Aunque como me hubiese gustado haber sido yo y no él.

Desde esa noche una parte de mi murió con él. Yo sé que mi muchacho no era un santo, pero era mi hijo y no importa cómo le salgan los hijos a uno, el amor siempre es el mismo.

Yo sabía de su trabajo y de lo que hacía porque él me contaba, pero nunca pensé que ese oficio llegaría a matarlo.

Recuerdo que una tarde, cuando él tenía 18, me llegó a la casa emocionado diciendo:

-Mira mamá, un celular nuevo. Justo lo que te hace falta

Me lo decía tan contento que me sentí muy orgullosa de saber que mi muchacho estaba trabajando duro.

Como el celular no estaba en su caja, me imaginé que se lo había comprado usado a algún vecino de acá en Petare que vende muchas cosas y te permite pagar por partes.

Después de verme tan contenta, me comenzó a traer muchos regalos, como pulseras, collares, zarcillos lindos, en fin. Muchas cosas, pero un día llegó a la casa con un anillo de oro.

-Mira mamá, lo que te traje –me dijo con una sonrisa.

Ahí me di cuenta de que algo estaba mal. Si con esta inflación uno trabaja para comprar lo poco que puede en comida, ¿cómo Alberto había comprado algo así trabajando en la tienda de Deportes de su tío? Cuando le pregunté de dónde venían todos los regalos y toda esa plata, me dijo:

-Ay mamá, mejor ni te cuento.

Ese día le pegué una cachetada muy fuerte. Nunca le había pegado así.

-¡Mira mijo, usted me dice de dónde está sacando tanto real coño! –recuerdo haberle gritado.

Me contó que había empezado a robar con sus amigos a la gente del este de Caracas. Me lo dijo sin tapujos.

-Estamos asaltando porque eso es lo que da ahora mamá –parecía orgulloso.

Yo no le dije nada. Me quedé atónita por lo que estaba escuchando. ¡Yo no le enseñe eso! Y nunca formó parte de su crianza, pero en un entorno hostil y violento como este de ahora, me imagino que es fácil imitar las malas mañas de lo que uno observa, y más cuando eres joven.

Pero ese no fue todo lo que me dijo. Lo obligué a sentarse en la silla del comedor a contarme todo, aunque luego hubiese preferido que no lo hiciera.

Me dijo que no solo asaltaban, sino que un grupo grande por la zona, incluyéndolo a él, se dedicaba a vender cocaína a personas de la parroquia 23 de Enero, pero no me dio mucho detalle porque no podía.

-Si se enteran que te conté, me matan.

Desde esa tarde me di cuenta de que mi hijo Alberto ya no era el mismo que jugaba pelota al salir del colegio, y supe que algún momento iba a pasar lo que tanto temía. ¡Como recé para que dios lo sacara de esos caminos que lo iban a llevar a la muerte! Recé muchísimo, pero igual terminó ocurriendo lo que yo siempre supe que pasaría.

Y nada, ningún dios, oración, ni medicina me pudo preparar para el dolor incurable que sentí esa noche.

Nunca supe bien la razón por la que lo mataron, me imagino que fue por esa moto robada que revendió. Yo sabía que él no era ningún santo, y de hecho, hasta pensé que moriría por drogas, porque si vendes, consumes, pero nunca imaginé que pasaría de ese modo tan atroz en la puerta de nuestra casa.

Tanto que recé para que nada malo pasara.

Introducción:

De acuerdo al relato de un ex funcionario del Comando Nacional Antiextorsión y Secuestro (Conas), para El Nacional en enero del 2018, “El secuestro meticulosamente planificado dejó de ser común. Lo más que se practica es el secuestro exprés (...). Casi todas las víctimas, al ser liberadas, (...) que fueron tratados con violencia (...)”.

El exfuncionario aseguró que en Baruta se registra una mayor incidencia de secuestros y que las principales bandas “hacen su ‘cacería’ en la autopista Prados del Este”.

Secuestro por accidente

Samuel despertó de su siesta diaria el domingo 7 de enero del 2018 a las 6 de la tarde, con un sabor amargo en la boca. Había estado tomando mucho café desde las 12 del mediodía y el fétido aliento que cubría toda su lengua le dejó una pizca de mal humor por despertarse de aquel modo.

Se paró al instante del sofá suave y azulado de la sala, para cepillar sus dientes y vestirse con su ropa deportiva, puesto que ya era parte de su rutina salir a trotar exactamente a las 7:30 de la noche todos los domingos sin falta.

El atardecer de aquel día tenía un color oscuro por las nubes grisáceas que cubrían los últimos rayos de luz que alumbraban las aceras y farolas encendidas, que titilaban un poco cuando Samuel salió de su edificio en la urbanización Guaicay, del Municipio Baruta, y comenzó un trote suave pensando en hacer su recorrido de siempre, que consistía en llegar hasta la bomba de Los Samanes, en donde le gustaba estirar las piernas, para luego continuar con su ruta hasta el Parque Las Rocas.

La brisa fría agitaba los árboles que pasaba mientras subía trotando por la acera frente el Centro Comercial Los Samanes, cuando Samuel se dio cuenta de que una

camioneta negra Ford Explorer comenzó a subir a un ritmo muy lento para una 4x4, pero hizo caso omiso, porque las personas usualmente reducen la velocidad cuando están buscando puesto para estacionar de ese lado de la calle, por lo que siguió trotando a su ritmo de costumbre, respirando profundo el aire puro de la brisa que refrescaba su frente sudada, y le daba más energía para seguir presionando a sus piernas con cada paso que daba en aquella subida.

A pesar de que ya la noche había tocado la puerta con su oscuridad, la calle era alumbrada por algunos faroles, haciendo notar la soledad que era interrumpida por algunos carros que pasaban. Sin embargo, Samuel nunca temía de absolutamente nada, porque siempre ha puesto en las manos de dios su destino.

Cuando estuvo a unos metros de distancia del parque, notó al voltear levemente la mirada, que la camioneta negra seguía subiendo a un ritmo muy lento, incluso dando la impresión de que lo estaban acechando, por lo que la paranoia comenzó a correr por sus venas cuando se le ocurrió una idea en ese preciso momento.

Decidió pararse de repente para ver si la Ford Explorer seguía su camino, y así comprobar que simplemente estaba imaginando cosas, pero ese no fue el caso. Cuando se detuvo para ver el vehículo pasar, notó que la camioneta también freno en el momento, y el miedo de Samuel cobró vida en cada entraña de su cuerpo.

La primera reacción fue mirar a los lados para pedir ayuda, pero solo vio tres carros que siguieron su camino, por lo que aun pensando que tal vez era su propia paranoia, decidió comenzar a correr rápidamente y la camioneta arrancó en el momento, acelerando a medida que Samuel apresuraba el paso, pero la persecución no duró muchos segundos.

Samuel decidió correr con todas su fuerzas pero solo llegó hasta la entrada de la iglesia ubicada al lado del Parque Las Rocas, cuando la camioneta se atravesó y frenó bruscamente frente a él.

Cuatro hombres vestidos de negro con capuchas que cubrían sus caras se bajaron del vehículo rápidamente y Samuel no tuvo chance de reaccionar ni gritar ante su

asombro. Dos lo sujetaron fuertemente de los brazos, otro lo golpeó en la cara para impedir sus gritos mientras el otro hombre le colocaba una venda blanca en los ojos.

Lo arrastraron rápidamente y lo metieron con rudeza en el asiento trasero de la camioneta, en el medio de dos hombres que seguían sujetándolo de los hombros.

Samuel no pudo evitar sentirse mareado y sus labios y lengua comenzaron a saborear el sabor metálico de la sangre que corría desde su nariz, mientras movía la cabeza y las manos intentando zafarse de aquellos hombres.

-Si te sigues moviendo, te vamos a matar de un pepazo, te descuartizamos y te lanzamos al Guaire para que tu hija te vea –dijo el hombre que tenía Samuel a su derecha.

-De no ser por el mareo y el susto por el que estaba pasando, se hubiese dado cuenta rápidamente de que él no tenía ninguna hija. De hecho, nunca tuvo hijos. Samuel vive con su esposa Carmen en un cómodo apartamento en Guaicay, pero escuchar las palabras de ese hombre lo dejó más aturdido y confuso aún.

-Mira, esto es lo que te vamos a hacer, quédate quieto–, comenzó a decir el hombre pegándole el cañón de la pistola en sus cachetes; “vamos a llamar a tu esposa Rebeca y le vamos a pedir 40 mil dólares en efectivo. Lo va a entregar en el sitio que le digamos a las 4 de la mañana. Si se tarda, llama a los pacos o no cumple con el trato, te vamos a descuartizar, Alessio. Esto no es juego de carajitos”, terminó de decir el hombre.

Samuel sintió el miedo correr por todo su cuerpo. Ese no era su nombre y lo sabía.

-Yo no me llamo así –fue lo único que pudo decir con vos temblorosa, casi susurrando.

-¿Cómo que no mijo? Nos vas a dar el número de tu esposa para llamarla y pedirle el beta –dijo tal vez el que iba manejando. Samuel no podía distinguir bien las voces.

Sintió como el hombre aceleró de una manera muy extrema y pensó que tal vez se encontraban en la autopista, pero no había manera de saberlo.

-Pana, me llamo Samuel Gonzáles y mi esposa no se llama Barbaba. Verga, están confundidos, por favor no me vayan a matar, no me maten –dijo llorando pero con calma, porque no sabía que eran capaz de hacer si les gritaba o se volvía violento.

El silencio reinó por unos segundos que para él fueron eternos, mientras sentía que el hombre manejando la camioneta aceleraba cada vez más, y la tensión entre sus secuestradores, luego de esas palabras, se notaba en el ambiente.

-¡Mira, si vuelves a mentir nos devolvemos, buscamos a tu hija y la violamos frente a ti para que escuches sus gritos! ¿Estás oyendo?

-Te lo juro, pana. Ese no es mi nombre, te puedo mostrar mi cédula.

El hombre que tenía del lado derecho le apretó el brazo con fuerza mientras pegaba el cañón de la pistola, esta vez en el cuello de Samuel.

-Coño vale es imposible, Alessio vive en el edificio, sale a trotar a esa misma hora y tiene la misma contextura. Este bicho nos está mintiendo, jefe.

Samuel entendió por fin a quién estaban buscando. Se trataba de su vecino Alessio. De vez en cuando se juntaban para hacer ejercicio o hablar en la entrada del estacionamiento. Supo que había sido un gran error ya que ambos se parecen mucho, tienen el mismo color de piel con una contextura parecida, y el mismo azul verdoso de los ojos.

Al pensar todo esto, Samuel pudo sentir que sus nervios dentro de la camioneta no eran los únicos a flor de piel, y se preguntó qué harían con él cuando por fin se enteraran de que realmente no era el hombre al que buscaban.

El mareo le seguía impidiendo pensar con claridad, cuando el hombre del lado izquierdo metió la mano en sus bolsillos y segundos después, los hombres comenzaron a pelear dentro del vehículo, culpándose unos a otros, diciendo que el jefe mayor los iba a asesinar si se enteraba. Samuel se dio cuenta de que la razón por la cual estaban discutiendo, era porque habían encontrado su cédula. Ya sabían que el error que habían cometido.

La paranoia y el terror de la incertidumbre se mezclaron con el sabor de la sangre en la lengua de Samuel, mientras todo daba vueltas por el mareo que se intensificaba cada vez que la camioneta giraba rápidamente en alguna dirección.

No podía escuchar bien, tal vez porque estaba medio inconsciente o en un estado de shock por el que nunca había pasado, pero agitó sus hombros cuando escuchó el sonido de un celular en el asiento delantero de la camioneta.

-Aló, jefe –dijo el hombre que manejaba.

Samuel escuchó varios regaños desde el teléfono, pero no pudo descifrar con claridad lo que le estaban diciendo desde el otro lado de la línea, pero se imaginó que tal vez ese misterioso jefe ya sabía de aquella equivocación por parte de sus hombres.

De repente, el que estaba manejando tranco el teléfono y lo lanzó en algún lado.

-Miren güevones, nos dieron mal una seña y resulta que el bicho no estaba en casa, sino que está comiendo con la esposa en Las Mercedes. Hay cambio de planes en la pista.

Samuel aguantó la respiración del terror cuando escuchó esas palabras.

-¡No! Por favor, no me maten, por favor. Tengo esposa, por favor –dijo llorando desesperado.

-No te vamos a matar chico, eso nos daría más trabajo y esta noche estamos ocupados, así que tienes suerte. Además, tampoco nos viste la cara, pero quédate quieto o te disparo. Mira que yo he matado un vergero de gente –dijo el hombre a su derecha.

Samuel se quedó quieto e intentó respirar profundamente para calmar su incertidumbre, pero fue imposible. Siguió llorando y apretó sus ojos fuertemente pensando en su esposa y en cuántos minutos le quedarían de vida en aquella camioneta.

El que manejaba comenzó a reducir la velocidad, murmurando unas palabras que no pudo escuchar, cuando de repente, el hombre que tenía del lado izquierdo lo haló del lado de la puerta. Samuel no entendía qué estaba pasando.

En eso, la camioneta frenó bruscamente, haciendo que Samuel se golpeará la cabeza con el asiento delantero. El hombre lo empujó hacia la puerta, la abrió rápidamente y lo lanzó a la calle.

Samuel dio dos vueltas en el piso cuando salió de la camioneta y esto hizo que su cara, brazos terminaran sangrando por el roce con el cemento.

Cerró los ojos por unos minutos debido al dolor de las heridas, y cuando los abrió, se dio cuenta de que estaba en el medio de la autopista Prados del Este, cerca del distribuidor Santa Fe.

Con una fuerza increíble que ni él mismo ha podido explicar desde entonces, logró retomar la energía para pararse y correr hasta el quiosco que está ubicado pasando el distribuidor, pero se tardó una eternidad en llegar, o al menos así lo sintió. Por lo que cuando llegó, su adrenalina recibió un bajón de repente y se desmayó al lado.

Cuando despertó, pensó que estaba soñando o que tal vez los hombres lo habían matado. Vio a su esposa Carmen acostada a su lado en la cama del cuarto, y notó que su cara estaba cubierta de vendas, excepto los ojos, mientras que sus brazos, raspados por la caída, estaban cubiertos de un gel frío que le proporcionó alivio.

Samuel no recuerda muy bien aquella mañana debido a los calmantes, pero sí escuchó la voz de su esposa diciendo:

-Te encontraron tirado en el piso en el quiosco de Santa Fe, mi amor. Por suerte, el vigilante del edificio de al lado que te encontró, me contó que te conocía porque ya habían hablado algunas veces y te había visto trotar en varias ocasiones. Me buscaron a la casa comentándome que estabas inconsciente. Llamamos a la policía pero no han podido resolver nada. Cuando te despiertes y te sientas mejor, tienes que hablar de lo que recuerdes, porque nadie sabe cómo te pasó esto –dijo su esposa Carmen con un tono de voz suave pero muy preocupada.

Samuel tuvo recuerdos de la noche anterior y solo pudo responder con un leve murmullo y luego volvió a quedarse dormido.

Conclusión

Gracias al proyecto se descubrió la importancia de desarrollar la cómica como una técnica periodística para reflejar hechos históricos y acontecimientos importantes, puesto que la manera de narración que dicho género periodístico permite, logra reflejar y resaltar un contenido que cautiva al lector, permitiendo que se conecte y sienta emociones al leer las palabras escritas en el texto.

El estudiante aprendió a mantener un orden en la recolección de fuentes y la manera de plasmar con detalle la información más importante y destacada en cada relato, para no perder el enfoque del tema o desviarse del objetivo de cada una de las crónicas.

En la elaboración del proyecto final de carrera, el estudiante tuvo la oportunidad de poner en práctica todo lo que aprendió de teoría durante cinco años de carrera, lo que permitió ejercer su pasión periodística al recorrer las calles, adentrarse en situaciones que requerían coraje y profundizar su amor por el periodismo y la escritura.

Asimismo, comprendió lo importante que es documentar hechos importantes, puesto que las personas entrevistadas, agradecieron que su relato haya quedado por escrito, puesto que es una manera de recordar siempre para no olvidar nunca los factores de la crisis ya mencionados que padece Venezuela actualmente (2017-2018).

Recomendaciones

Se recomienda, al elaborar un trabajo periodístico escrito, mantener un orden en la investigación de las fuentes y establecer un cronograma en donde se indique paso a paso la manera en que se va a realizar el texto. Es decir, construir una lista o un esquema en donde se indique el orden por el cual se va a regir la elaboración del trabajo, como el primer paso en la búsqueda de información y fuentes, así como el establecimiento del estilo en que se va a redactar.

Todo trabajo lleva tiempo. Se requiere de disponibilidad, paciencia y cariño para su realización, por lo que establecer una hoja de ruta es muy importante durante el proceso.

Asimismo, la buena relación con las fuentes, al esforzarse por mantener cómodo al entrevistado y ofrecer protección en caso de que la persona no quiera ver su nombre verdadero en el texto son factores muy importantes que se tienen que tomar en cuenta durante la redacción de un trabajo periodístico.

Se recomienda leer mucho, puesto que para escribir bien y generar poco a poco un estilo propio, se debe indagar mucho y tener disposición para leer.

Referencias

- Cáritas Venezuela: En las parroquias más pobres se registra un 72% de desnutrición. (2018). Lapatilla.com. Recuperado el 25 de febrero de 2018, de <https://www.lapatilla.com/site/2018/02/03/caritas-venezuela-en-las-parroquias-mas-pobres-se-registra-un-72-de-desnutricion/>
- Desaparecidos los medicamentos para pacientes de la tercera edad. (2018). Diario La Nación. Recuperado el 10 de marzo de 2018, de <https://lanacionweb.com/regional/desaparecidos-los-medicamentos-para-pacientes-de-la-tercera-edad/>
- El Tiempo. Manual de redacción. Pág. 44.
- Gargurevich, Juan: Géneros periodísticos. CIESPAL, Quito, 1 982, p. 70.
- Grijelmo, A. (2014). El estilo del periodista: consejos lingüísticos, profesionales y éticos para escribir en los medios. Taurus.
- Herrera, E. La magia de la crónica.
- (2018). Lahoradelengua.files.wordpress.com. Recuperado el 11 de marzo de 2018, de <https://lahoradelengua.files.wordpress.com/2010/10/tema-03-los-generos-periodisticos.pdf>
- Los 10 países con la mayor inflación del mundo (y dos son latinoamericanos). (2018). BBC Mundo. Recuperado el 25 febrero de 2018, de <http://www.bbc.com/mundo/noticias-41848661>
- Martínez Rebollo, M. (2018). Teoría del periodismo. Red Tercer Milenio.
- Se agudiza crisis de trasplantados por escasez de medicinas. RunRun.es. Recuperado el 9 de marzo de 2018, de <http://runrun.es/nacional/336937/se-agudiza-crisis-de-trasplantados-por-escasez-de-medicinas.html>
- ONG: 12.098 venezolanos fueron detenidos por "fines políticos" desde 2014. (2018). www.efe.com. Recuperado el 25 de febrero de 2018, de <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/ong-12-098-venezolanos-fueron-detenidos-por-fines-politicos-desde-2014/20000013-3517195>
- OVS desnudó la crisis hospitalaria para atender pacientes con cáncer. (2018). Contexto Diario. Recuperado el 25 de febrero de 2018, de <http://contextodiario.com/venezuela/ovs-desnudo-la-crisis-hospitalaria-para-atender-pacientes-con-cancer/>
- Pobreza en Venezuela subió a 87% en 2017. (2018). Banca y Negocios. Recuperado el 25 de febrero de 2018, de <http://www.bancaynegocios.com/pobreza-en-venezuela-subio-a-87-en-2017/>
- Ranking de ciudades 2017. (2018). Seguridadjusticiaypaz.org.mx. Recuperado el 9 de marzo de 2018, de <https://www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/ranking-de-ciudades-2017>
- Resultados ENCOVI 2017: Radiografía de la crisis venezolana. elucabista.com. (2018). Recuperado el 25 febrero de 2018, de

<http://elucabista.com/2018/02/21/resultados-encovi-2017-radiografia-la-crisis-venezolana/>

- Santos Calderón, R. (1995). Manual de redacción de El Tiempo. Bogotá: Printer Colombiana.
- Uno de cada cinco venezolanos ha sido víctima de la delincuencia #Encovi2017 - OVV - OBSERVATORIO VENEZOLANO DE VIOLENCIA. (2018). Recuperado el 11 de marzo de 2018, de <https://observatoriodeviolencia.org.ve/uno-de-cada-cinco-venezolanos-ha-sido-victima-de-la-delincuencia-encovi2017/>
- Venezuela encabeza la lista de los países más inseguros del mundo. www.larazon.es. (2018). Recuperado el 25 de febrero de 2018, de <https://www.larazon.es/internacional/venezuela-encabeza-la-lista-de-los-paises-mas-inseguros-del-mundo-MJ7182583>
- Venezuela registra 26,616 muertes violentas en el 2017, según ONG. (2018). elnuevoherald. Recuperado el 11 de marzo de 2018, de <http://www.elnuevoherald.com/noticias/mundo/america-latina/venezuela-es/article192006114.html>
- Web, E. (2018). Las 11 zonas con mayor incidencia de secuestro en Caracas. El Nacional. Recuperado el 11 de marzo de 2018, de http://www.el-nacional.com/noticias/sucesos/las-zonas-con-mayor-incidencia-secuestro-caracas_218374
- Web, E. (2018). Foro Penal: Más de 5.000 detenidos en protestas desde abril. El Nacional. Recuperado el de 11 marzo de 2018, de http://www.el-nacional.com/noticias/protestas/foro-penal-mas-5000-detenidos-protestas-desde-abril_196282
- Web, E. (2018). Foro Penal publicó cifras de arrestos en protestas y presos políticos. El Nacional. Recuperado el 25 de febrero de 2018, de http://www.el-nacional.com/noticias/politica/foro-penal-publico-cifras-arrestos-protestas-presos-politicos_192799
- Web, E. (2018) Más de 50% de la fuerza laboral se encuentra en el sector informal. El Nacional. Recuperado el 20 de marzo de 2018, de http://www.el-nacional.com/noticias/economia/mas-fuerza-laboral-encuentra-sector-informal_89208
- Web, E. (2018) Niños salen a las calles de Caracas a buscar la comida que no hay en casa. (2018). El Nacional. Recuperado el 11 de marzo de 2018, de http://www.el-nacional.com/noticias/crisis-humanitaria/ninos-salen-las-calles-caracas-buscar-comida-que-hay-casa_205061

Anexos

Recopilación de algunas preguntas realizadas en las diversas entrevistas:

45 días en cautiverio:

- ¿En dónde fuiste detenido?
- ¿Por cuánto tiempo estuviste preso?
- ¿Te detuvo la GNB o la PNB?
- ¿A dónde te llevaron?
- ¿Cuántas personas había?
- ¿Cómo fue el trato?

El trabajo de Maya

- ¿Cuántos años tiene?
- ¿A qué se dedica?
- ¿Cómo se enteró de la existencia de su trabajo actual?
- ¿Cómo fue su primera experiencia?
- ¿Cuál es su horario o manera de trabajo?

El negocio familiar de Yeiker

- ¿A qué se dedica?
- ¿A qué se refiere con *negocio familiar*?
- ¿Qué tan relacionado está el gobierno con el *negocio*?
- ¿Cómo es su ritmo de trabajo en un día normal?

Nota: no se agregaron todas las preguntas, puesto que ya se ven reflejadas en las crónicas, y en muchos casos, como el de María José, solo se le pidió que contara todo lo que recordaba del día en que fue atacada.